



DIOS LOS CRÍA Y ELLOS SE JUNTAN

EL PROFESORADO NACIONAL

A LAS CORTES

Los infrascriptos, académicos de las de Medicina, Farmacia, Ciencias Morales y Políticas; de las Reales de la Lengua y de la de San Fernando; numerarios y supernumerarios de los claustros universitarios y de los claustros de Instituto; profesores normales, superiores y elementales del Reino; directores de colegios particulares, maestros habilitados, doctores y licenciados de las Facultades académicas, en representación propia y del cuerpo docente del Estado,

A LAS CORTES

tienen el honor de exponer:

Que los ataques dados al cuerpo oficial docente de España por el obispo de Madrid-Alcalá en el Senado han fijado la atención de todos cuantos ocupamos cargo en el sagrado ministerio de la enseñanza pública. Nuestro ministerio estuvo indefenso en la Alta Cámara, siendo exhibido ante la nación y ante el extranjero como culpable del atraso de la mentalidad española. Afianzando indirectamente estas graves acusaciones, el excelentísimo señor presidente del Consejo reconoció como irremplazable la enseñanza congreganista, con lo cual ésta adquiere una categoría preeminente sobre la misma oficial del Estado, cuyos centros, incluso las universidades, son reemplazados por los centros religiosos.

Rechazando en lo merecido estos cargos, el cuerpo docente se cree obligado por honor a comparecer ante las Cámaras legislativas para someter á su criterio algunas consideraciones.

HECHOS

Es indudable que en España la enseñanza oficial no ha logrado emanciparse del yugo eclesiástico. El maestro en el pueblo ha de someterse al párroco, so pena de verse sometido á la pífida inquisición delatora ante la junta de Instrucción y envuelto en continuos expedientes. El colegio particular emancipado hálase inunado de la difamación clerical dirigida desde el inviolable púlpito y del irresponsable confesionario; el catequético de Instituto difícilmente puede resistir el ataque del *Boletín de las Artes*; y el mismo catedrático de Universidad obraría temerariamente si intentase arrasar la enemiga de la Iglesia, cuyas intrigas alcanzan las más altas oficinas de la nación, cuya prensa tiene concedido el monopolio de la procaacidad más insolente, y cuyas mañas llevan el odio, la discordia y la venganza á lo más íntimo de los hogares. El reciente caso de un catedrático de Palma excusa toda explicación.

En la provisión de vacantes, en los exámenes de oposición y aun en la colocación de grados, siéntese luciuosa mente esta nefasta influencia de la Iglesia, que viene á corromper la conciencia del cuerpo, ingiriendo como mérito profesional la hipocresía y flección religiosa y aquel falso celo clerical que, según los propios críticos eclesiásticos, llena de simonía y de vicio las esferas todas de la Iglesia, cuyo criterio elec-

tor es tradicionalmente el favoritismo y el servilismo.

Difícilmente podría hallarse un profesor de ideas emancipadas que no haya tropezado en su historia académica con el eterno obstáculo del progreso científico. Las víctimas que se lamentan de serlo de este poder intruso son innumerables.

Los representantes del Estado quéjense de su falta de independencia en todo acto concerniente á estas materias, y todos, de común acuerdo, denuncian esta esclavización y corrupción como causa de la injusta exaltación de sujetos ineptos y de la más injusta postergación de los verdaderos sabios; de la imposibilidad del profesorado en exponer sinceramente sus convicciones científicas, y por fin, de la muerte de los entusiasmos en el progreso docente, sometido á una clandestina tiranía clerical.

..

Estos males son más hondos.

En las escuelas públicas es forzosa la enseñanza del catecismo, que varía á cada momento, según el capricho de las autoridades eclesiásticas, habiendo sufrido tales cerceños y aditamentos, que los propios apóstoles de Cristo y el mismo Cristo serían reprobados en un examen oficial de Religión, y habrían de ser condenados como herejes é impíos contra el catecismo vigente.

En este catecismo, y en las asignaturas con él emparentadas, se obliga al profesorado á enseñar al alumno hechos y razones en abierta contradicción con el dictamen de la conciencia científica. La Lógica se halla violentada por la Teología; la Geología por la Historia sagrada; la Terapéutica por la Taumaturgia; la Geografía, la Cronología, la Cosmología, la Biología, la Física, la Química, en fin, todas las ciencias han de deformarse ante el alumno, obligando al maestro á cometer el crimen de jurar tener por cierto lo que sabe que es falso, á fin de encerrar el cerebro del niño en el círculo de la ignorancia católica.

Cuando este alumno llega á Facultad superior y al estudio fundamental de aquellas materias que no consienten ya la ficción y el engaño sin que la cátedra se convierta en forja de imbecilidad; cuando el profesor ha de enmudecer para dejar hablar los aparatos infalibles; cuando del estante del museo se destacan los personajes y las cosas á dar testimonio de sí mismas y de las leyes de sus tiempos, entonces el profesor no tiene más remedio que hacer al alumno esta desastrosa revelación: «El Estado español ha llenado de mentiras tu cerebro, ha falseado tu inteligencia, te ha robado el tiempo y ha prostituido tu voluntad.» Mas, al hacerle esta revelación amarga y vergonzosa, las primeras ideas pueden haber echado raíces, creado ilusiones y concretado afectos; y en tal caso el alumno cree al maestro de antes y odia y detesta al nuevo, que intenta arrancarle aquellos afectos y desalojar de su cerebro aquellas ideas, con las que se siente identificado y consustanciado.

Aparte los estragos que en otros órdenes ha de hacer en el espíritu del alumno esta violenta operación dislocadora del equilibrio cerebral antes adquirido, por forzosa necesidad ha de

crear en él la ira contra el Estado falaz y el odio contra el magisterio, anterior ó posterior, los cuales sentimientos encienden forzosamente el fanatismo rojo ó blanco.

Esta gravísima inmoralidad oficial del Estado español produce otro desastre en la moral de los nacionales.

En la primera enseñanza se le instruye y educa en una moral exclusivamente religiosa. El cielo y el infierno vienen á ser los reóforos de la actividad ética del individuo: moral egoísta y sensualista en alto grado, incentiva de enormes pasiones y de feroces instintos.

Cuando con el avance del estudio se oscurecen, difuminan y se evaporan aquellas nociones, el individuo analfabeto en la moral científica, siente vacilar y desaparecer las bases fundamentales de la moral, y se lanza en brazos de esta amoralidad que tiene invadida todas las clases sociales de nuestra patria y aun de los pueblos latinos, y contra cual estrago predicán la alarma los sabios de todos los países, reclamando con urgencia la adopción de la moral biológica para contener la devastación de los espíritus.

Muchas más razones asequibles á la conspícua perspicacia de las Cámaras podrían añadirse. Lo expuesto basta y sobra, á juicio de los exponentes, para fijar la atención de los Poderes públicos y persuadir al poder legislativo á tomar serias y ríjantes medidas que determinen el cese de este enorme escándalo.

La moral científica califica de crimen el engaño de las inteligencias infantiles, y de deshonestos los medios de superioridad del maestro y de credulidad del alumno que se utilizan para engañarle.

La moral política reprueba que, mediante una enseñanza contradictoria y absurda, se obligue al ciudadano á mirar con enojo la acción fraudulenta del Estado en su instrucción y educación.

El honor profesional no puede tolerar que se obligue á sus miembros á contradecir su conciencia.

La paz pública no permite el funcionamiento de escuelas que enseñen á los niños á mirar como emisarios del infierno á los profesores oficiales, engendrando por imposición oficial la guerra de ideas, que se traduce á lucha de sentimientos primero y de brazos en caso posterior.

Por todo lo cual, por moral patriótica, por dignidad profesional y por decoro humano,

A LAS CORTES PEDIMOS

que voten una ley terminante, estableciendo las cátedras y asignaturas de Moral científica, supliendo las de Religión y moral por la Historia comparativa crítica de las religiones.

(Siguen las firmas.)

O LO UNO O LO OTRO

Las actitudes gallardas, aun ostentándolas sobre el cadalso los reos de crímenes atroces, sorprenden y admiran á los muchedumbres. Por esto no me extrañó tanto como á otros el que muchos

liberales y demócratas aplaudieran sin darse bien cuenta de ello á La Cierva, cuando el día 8 del actual pronunció aparatosamente en el Congreso estas palabras:

«Aquí estamos para demostrar lo que hemos hecho, para justificar que hemos procedido con arreglo á nuestro honor, á nuestro deber y á nuestra conciencia; y por eso tuvimos valor, no majeza, para afrontar el que á nosotros, hombres modestos que vivimos de nuestro trabajo y á nuestro trabajo lo debemos todo, se nos señale por los anarquistas y se nos amenace uno y otro día, y con el d. simulo y con la astucia se dé á entender que somos hombres condenados. ¿Y qué? Dejariamos á nuestros hijos, si esa condena se cumpliera, la mayor gloria que podíamos legarles.»

El efecto fué inmenso, y el aplauso ensordecedor. La muchedumbre de levita no desmintió la ley general. Los retratos de los liberales que honran el salón de sesiones debieron sonrojarse, y de haber vagado en espíritu por sus ámbitos la Verdad y la Justicia, habrían desaparecido indignadas.

Sin embargo, yo me explico y disculpo en parte aquel entusiasmo casi colectivo. En todos los teatros producen igual efecto las caídas de latiguillo.

Lo que ya no me explico es que luego, al pisar la calle La Cierva y rodearle un enjambre de policías, á la vez que á Maura, no estallaran los que lo presenciaron en una carcajada formidable, y que los espíritus de la Farsa y la Mentira, si se le habían adelantado en la salida del Congreso, no comenzaran á danzar regocijados al ver que La Cierva no adoptaba una actitud arrogante y los apartaba de sí, exclamando con el mismo tono de voz que usó en el Congreso:

«¡No, no, atrás!... ¡Dejadme solo!... Desde hoy no quiero tener otro escudo que mi conciencia, ni otra protección que la que me concedan mis actos. Si caigo, quiero caer á pecho descubierto, como los que empaparon con su sangre el Barranco del Lobo. El cumplimiento del deber en el hombre de espíritu sereno, rechaza corazas y esbirros. ¡Atrás!... ¡Atrás!... De ir en adelante resguardado por vosotros, parecería lo que acabo de decir ahí dentro recurso de histrion vulgar, no convicción firme de gobernante severo... Y yo, lo repito, quiero dejar á mis hijos un nombre glorioso. ¡Retiraos, pues! ¡Os lo mando!...»

Porque sin decir y hacer esto, las palabras pronunciadas en el Congreso perdieron todo su valor y toda su significación.

Suponer que el sacrificio de su vida le permitiría legar un nombre glorioso á sus hijos, y rodearse luego de policías para prevenir todo atentado contra esa vida, esto podrá ser habilidoso, no sincero; efectista, no heroico; recurso de cómico que grita ¡viva el rey absoluto! al advertir que van á siíbarle, no arranque de hombre que arrostra virilmente la responsabilidad de sus actos.

Y por esto, repito, debieron soltar á carcajada cuantos lo contemplaron rodeado de agentes de policía al salir del Congreso la tarde del día 8 de Julio.

JOSÉ NAKENS

¿Crimen de mutilación?

La ferocidad clerical está amoldándose á los tiempos.

El rico deja en la miseria al pobre que no se somete á cumplir con *la Iglesia del rico*; éste no mata al pobre, pero lo abandona al hambre para que lo mate ésta.

El burgués pone como condición de trabajo la venta de la conciencia; él no asesina al obrero; lo entrega á la ociosidad forzosa para que lo mate la miseria.

A medida que la sensibilidad humana se va exquistando, la hiena católica afila sus garras y sus colmillos. Mata por medio del vacío social, por medio de la difamación y del odio.

Recientemente la prensa habló de la ferocidad de los antituberculosos de Barcelona con el anarquista despellejado; ahora ha habido otro hecho más grave y más feroz, que publica *El Porvenir de León* en estos términos:

«¡QUE INFAMIA!

Según dice un periódico de Galicia, en el Hospital de Santiago se presentó un vecino de la Coruña, D. Francisco Rodríguez Varela, que padecía una grave enfermedad, cuya curación ó alivio dependía de una operación quirúrgica.

La operación estaba ya empezada, cuando se presentaron el capellán del establecimiento benéfico y dos hermanas de la caridad, que, obligando á los doctores á suspender la operación, dijeron que si el operado no se confesaba, no se terminaba la operación.

El paciente se negó á ello y salió del hospital en tan lamentable estado.

He aquí un crimen de nueva invención que merece singular castigo.

Los tratos de los sicarios de la policía católica, con las torturas de Montjuich y los fusilamientos, quedan tamañitos ante este hecho, capaz de abochornar á un pueblo.

Y, sin embargo, este salvajismo es un acto de la *religión oficial del Estado español*.

¿Qué vale el cuerpo ante el alma?

No hay que castigar á ese capellán y á esas monjas; el culpable es esa *religión oficial*. ¡Esa es la fiera!

¿Qué hará en esto el ministro demócrata?

Militarismos insanos

Hay que definir de una vez el militarismo y sus varias clases para saber á qué atenernos al juzgar con estas palabras.

La MILICIA es una institución nacional y una profesión social, al igual que el clero, que el oficio político, que la

magistratura, que la soberanía, que el pueblo.

El MILITARISMO es un sistema, al igual que el clericalismo, que el capitalismo, que el socialismo, que el politicismo, que el regalismo; distinto cada uno de la raíz de que se deriva la palabra y de su concepto esencial. Estos sistemas explicados por tales palabras y aplicados á la gobernación de la cosa pública, significan el PREDOMINIO de la clase que respectivamente expresan, en la organización y funcionamiento de la vida nacional.

Es decir, la palabra clericalismo significa el inmoderado predominio del clero; el regalismo, significa el excesivo predominio del rey, ó sea la tiranía; el capitalismo, el desenfrenado predominio del capital, etc.

Soberanía, milicia, magistratura, clero ó magisterio, parlamento, capital, pueblo, etc., son órganos necesarios del Estado y ruedas de la máquina; pero ninguna de ellas es independiente, cada una tiene limitadas sus funciones por las de las otras, y todas están sometidas á la *ley suprema; la salud del pueblo* que comprende todas las clases de la nación.

Esta *salud pública*, esta vida nacional, requiere el EQUILIBRIO de todos los órganos; si uno de ellos absorbe la vitalidad de los otros, éstos se desnatren, se debilitan, enferman, luchan... y matan ó mueren.

He aquí la ley fisiológica de los Estados modernos.

..

Los clericales y ahora los conservadores, bajo la comandancia de La Cierva, están empeñados en crear un *antimilitarismo* que sirva de diablo para espantar el militar y ponerlo á los pies de su confesonario, ofreciendo á la milicia una protección que sirva de capa á la más ruin perfidia. Para ello se valen de la tergiversación de las ideas *milicia* y *militarismo*, demostrando atroz ignorancia ó insigne mala fe; procuran irritar la susceptibilidad profesional adulándola con falsa lisonja y enconándola con hechos, palabras y conceptos rebozados con la corteza de agravios imaginarios, para inflamar el espíritu militar y arrancar de él actividades contra los partidos anticlericales.

Esta diatriba de ruin jesuitismo contra la cual venimos clamando hace tiempo, nos obliga á observar atentamente el *militarismo* que predica el partido ese.

..

Desde luego se nota que esos furibundos *militaristas* conservadores, son apóstatas del liberalismo y renegados de la rama liberal.

Antonio Maura, el presidente; La Cierva, el exmasón; Azorín, el exrevolucionario... ¿pueden sentir la fervorosa devoción que fluyen por las ideas reaccionarias? Maura reproduce paso por paso la historia de Cándido Necedal, el cual demostró haber ido al carlismo, no para auxiliar á D. Carlos, sino para suplantarle, derribarle él en su lugar. Para ello se vistió el capisayo del celo eclesiástico, con el cual sublevó contra D. Carlos las huestes confiadas á su mando, proclamando el *integrista* del *Papa-Rey*, ó sea el Papa contra el Rey. Habiéndosele rebelado los obispos sec-

tarios suyos y el Papa mismo, erigió contra ellos el *partido católico-nacional*, el Rey contra el Papa. Sacando del Estado-liberal la cesantía, con el sueldo combatía el liberalismo; sacando del carlismo sus huestes, combatió á sangre y fuego al carlismo; sacando del catolicismo la patente de piedad, fundó la secta integrista. Del Estado obtuvo la renta y la inmunidad parlamentaria; á D. Carlos sustrájole la jefatura del partido; al Papa sustrájole el pontificado. Adulando al liberalismo, llegó á ministro; adulando al carlismo, llegó á jefe carlista; adulando al Papa, llegó á mentor del episcopado. Cuando hubo llegado á su meta, se proclamó á sí mismo Rey, Papa y rentista independiente.

El *militarismo conservador*, es parecido al *clericalismo* y carlismo nocedalista. No significa «los conservadores para el ejército»; sino que tiende como objeto final á lo contrario: «el ejército para los conservadores.»

Exaltan ilimitadamente la *milicia* y al *militar*, adjudicándoles una infalibilidad clerical, y aquella exención que la Iglesia resume en esta idea: *el clero juzga á todos y él no es juzgado por nadie*; es indiscutible.

Pero si bien se mira, veremos que el maurismo pide la indiscutibilidad del militar en aquellos actos verificados en obsequio y provecho del partido conservador, pero no en los actos que le son contrarios. Ejemplo notable es el caso de Macías, encarcelado, difamado y apostrofado por los conservadores.

Esto deja demostrado que para Maurra los funcionarios militares son indiscutibles sólo cuando le sirven á él, es decir, entonces son indiscutibles *no por ser militares sino por ser mauristas*; una vez perdido el carácter maurista, piérdese el sello de la inviolabilidad militar.

En una palabra: las falsas lisonjas de ahora, son actos de seducción y de corrupción.

El verdadero militar es el que busca el engrandecimiento de la milicia dentro del engrandecimiento nacional, sin pedir supremacías que rompan el equilibrio y trastornen la vida y salud de la patria. ASÍ SIRVE Á LA PATRIA Y Á LA MILICIA.

El militar verdadero, sabe que esta aspiración de engrandecimiento tiene un límite: la honradez del sentimiento patriótico en su sentido más elevado; y sabe que los actos conducentes á la realización de estas aspiraciones tienen otro límite: las ordenanzas, honradamente entendidas.

Estas ordenanzas señalan las atribuciones y privilegios de la milicia, y en esto son *militaristas*; pero también señalan responsabilidades, deberes, obligaciones que ponen límites á los privilegios, y en esto son *antimilitaristas*.

De la integralidad de este *antimilitarismo* y de este *militarismo*, nacen las ordenanzas militares, es decir, la ley de la milicia y su personalidad jurídica, legal y honrada.

El que contra razón y con simulación de amor al ejército, le invita á extender indebidamente los privilegios y á emanciparse de los deberes, ese tal es un *militarista corruptor* de la moral militar. El que exagera indebidamente los deberes y deprime arbitrariamente los

privilegios, es *antimilitarista* obcecado, injurioso y agresivo del ejército.

Tan enemigo del ejército es este antimilitarista como aquel fingido militarista.

El militar honrado sabe que sólo merece el *honor militar de ordenanza*, cuando cumple la ordenanza honradamente; en caso contrario, no merece el *honor* y el fuero de privilegio, sino el fuero del rigor y del castigo. El traidor á la ordenanza es traidor á la milicia. El que no respeta con la honradez de sus actos el uniforme militar, lo deshonra; las ordenanzas señalan la degradación.

La milicia no es un *clero* venido del otro mundo; es un sacerdocio hijo de la Patria, celador del honor de su Madre y cuya gloria está en el reconocimiento de la Patria. A la Patria debe cuanto es el ejército; al ejército debe principalmente lo que es la patria: su personalidad territorial y la paz de su vida.

Poner el ejército al servicio de un partido despilfarrador de los bienes de la Patria, es hacerle comparsa de un enemigo intestino, corruptor y disolvente de la vida de la Patria. ¿Es esto lo que busca La Cierva con los polvillos de la lisonja?

No se fatigue; los que enviaron al Gurugú el ejército indefenso contra el hambre, contra la intemperie y contra la perfidia enemiga, utilizando el general y el soldado como instrumento ciego de ambiciones de dudosa legitimidad, han demostrado *con hechos* su amor al ejército. Los cadáveres del Barranco del Lobo han de aparecer en las Cámaras respondiendo con sus imprecaciones de moribundo á las felonías de La Cierva. El amor del maurismo al ejército lo cantan los cuervos y buitres carnívoros del Rif con sus graznidos y lo pregonan ante el mundo ostentando como pruebas los pedazos de entraña de nuestros oficiales y soldados, que llevan en sus garras y que picotean en sus siniestros vuelos.

C. B. MARÍN APARICIO

Piedad verdadera

La *Semana Parroquial* de Madrid ha estampado este aviso:

«HOJAS PIADOSAS»

Con este título se publican y se distribuyen á domicilio unas hojas en las que se vomitan tal número de blasfemias que quizás superan á las palabras que se emplean.

Damos la voz de alerta á los cristianos para que no se dejen sorprender por el falso título que dichas hojas ostentan.

¿Falso el título?

Si la piedad es virtud que inspira actos de abnegación por amor al prójimo, ¿quién más piadoso que el que renuncia, cual yo, hasta á la gloria eterna por arrancarle la venda que el clero ha puesto sobre sus ojos para explotarle y envilecerle?

Y si es también compasión, lástima, misericordia, conmiseración inspirada por el triste estado en que se halla el pueblo, ¿qué mejor título pude ponerle yo á esas *Hojitas* que le muestran la luz

de la verdad, para que huya de los que quieren mantenerle perpetuamente en todas las cegueras, morales é intelectuales?

¡Ah clericeante que tal has escrito! Permíteme decirte con todos los respetos debidos que eres un animal.

La recluta jesuítica

Por medio de *ejercicios espirituales*, los jesuitas de Sarriá están reclutando obreros, iniciándoles gradual y paulatinamente en la secta.

Obreros barceloneses: Ravallac entró en tratos con los jesuitas siendo un buen muchacho; de sus manos salió con el puñal regicida para ser descuartizado.

Acordaos de Ravallac.

Os pondrán á vosotros el trabuco en las manos; ellos huirán como conejos á resguardar sus millones en casa de sus queridas.

EL COLMO YA

En un papel que contiene un crucifijo encuentro lo siguiente:

«Está tocado al santo Cristo de mármol que en Tepozatlán tenían los padres jesuitas, y hoy, á beneficio del público para en dicho colegio. Dicho santo Cristo de mármol está tocado á los pañales del Niño Jesús; estuvo metido en su cuna; está tocado al paño que nuestra Señora puso á su hijo santísimo en la cruz, al santo Lignum Crucis. Está pasado por el agujero donde fijaron la santa cruz; tocado á la columna en que fué clavada su santísima mano. También lo está á las tocas y vestiduras de nuestra Señora, al cuerpo de San Lorenzo á las cabezas de San Pedro y San Pablo; estuvo envuelto en los cabellos de la Magdalena y metido en las catacumbas de los santos que están debajo del altar mayor de San Pedro de Roma, y está tocado á otras muchas reliquias y cuerpos de santos que hay en la ciudad de Roma, en Santiago de Galicia y en Santa María de los Angeles de Asís.

El ilustrísimo señor obispo de Monterey, D. Fr. José de Jesús María Belauzarán, por sí y la hermandad, con los ilustrísimos señores obispos de Puebla, Morelia, Durango y Sonora, concedió 200 días de indulgencia por cada cuarto de hora que se traiga consigo una de las dichas cruces tocadas al santo Cristo de mármol, y á todas las que en lo sucesivo tocaren y por acto de devoción. Se suplica á los deudos no dejen llevar la cruz al sepulcro por ser una reliquia tan grande.»

Indulgencia plenaria y otros muchos beneficios se ofrecen además á aquellos que compren y conserven la referida estampa.

Y no sé qué causa más indignación, si la ignorancia que cree semejantes cosas, ó el espíritu de especulación y astucia de los que explotan su ignorancia.

Mientras haya brutos y pillos, las religiones ¡ay! no acabarán del todo.

"La Democracia y la Iglesia"

Así se titula el folleto decimo, repartido ya.

Con él termina la primera serie, que se vende á peseta á los suscriptores directos á EL MOTIN, y á una cincuenta á los demás. Suelos, á 10 y 15 céntimos, respectivamente.

El primer folleto de la segunda serie será el célebre de D. Francisco Suñer y Capdevila, que se titula "Dios".

En el número próximo se indicarán los títulos de algunos otros.

Libros nuevos

A PESETA

"La religión al alcance de todos", por R. H. de Ibarreta. (Edición 33.)

"Espejo moral de clérigos", por José Nakens.

Granitos de oro

Agotados los 30.000 pliegos que se tiraron, hoy miércoles se ponen á la venta los de la nueva tirada, á dos céntimos pliego.

Retrato

Se han enviado ya los pedidos del de Nakens.

Gran tamaño.

Una peseta.

EN LA ESPAÑA MONARQUICA

Nadie será molestado por sus ideas religiosas.

(Constitución del Estado.)

Sabedor de que en España se había promulgado la tolerancia religiosa y la libertad de conciencia, decidió Jesucristo pasar una temporada entre los descendientes de sus buenos sayones, fijando su domicilio en un lindo pueblecito, donde se ganaba la vida en su oficio de carpintero.

Vino el domingo y la hora de misa. Quedaron desiertas las calles y en las casas restaron no más que los enfermos, los baldados y los niños de pecho, lloriqueando unos y gimiendo los otros, acompañando con tal música de dolor los Kyries y Ofertorio que en el templo entonaban un sacristán chillón y un se-

ñor cura gangoso.—Peor que en aquel tiempo anda esto—dijo Jesús maravillado de tal anomalía.

No bien salieron del culto, emprendió el maestro con las madres que habían dejado sus hijos y con los mozos que habían abandonado sus padres.

Corrió la voz llegando á oídos del señor cura. Faltó llegar á las vísperas de la tarde para que el ministro del Señor subiese al púlpito á disparar un sermón contra el perverso forastero que venía á sembrar doctrinas diabólicas.

No hubo necesidad de más para que Jesús se encontrase rodeado de los efectos de excomunión: «Ni agua ni fuego» hallaba en el lugar; insultábanle los chiquillos, se santiguaban al verle las mujeres y aun el señor alcalde significó la conveniencia de que abandonase el país, no fuese que se produjera una alteración del orden y algún día apareciese colga o.

La Constitución seguía diciendo: «Nadie será molestado por sus ideas religiosas.»

La vida se le iba haciendo imposible, por lo cual decidió trasladarse á la ciudad próxima. El obispo estaba ya apercibido; el domingo próximo fué leído en todos los púlpitos parroquiales un edicto de excomunión contra El por hereje. El prelado decía: «Viene á destruir el templo, á blasfemar de Dios y de la Santa Iglesia, á enseñar á los hijos á robar y á mentir; á corromper las mujeres, á robaros la fe...» y otras cosas por el estilo.

La enemiga levantada contra El, fué de lo más enorme.

Los jóvenes y congregantes católicos le insultaban; rompíanle á pedradas los cristales; le escupían y ultrajaban de mil modos; acudía á las autoridades, que se encogían de espaldas.

Y la Constitución continuaba diciendo: «Nadie será molestado por sus ideas religiosas.»

Agotó su paciencia y decidió salir al encuentro del obispo, á quien increpó diciéndole:

—Si no he faltado ¿por qué has levantado contra mí el ladrillo de tu jauría? Y si he faltado, según afirmas, dime en qué me he salido de mi derecho.

Por toda respuesta el santo prelado denunció al juez como autor de desacato. Jesús fué llevado á la cárcel maniatado.

De calabozo en calabozo y de patio en patio fué pasando semanas, meses y años, leyendo el texto de la Constitución: «Nadie será molestado por sus ideas religiosas...»

Cierta día dedicó á sondear los delitos por los cuales estaban encerrados los compañeros de cárcel, que le iban respondiendo:

—Yo y mi mujer, por habernos casado por sorpresa del cura, pues no teníamos otro medio.

—Yo soy herrero de oficio: estoy encerrado por no descubrirme al pasar una procesión en que iban unos gonfalones hechos con la tela de las sayas de la querida del Barón, y un pedazo de leña de alcornoco semejando un santo macabro.

—Yo—decía otro—por haber llamado embustero al cura, que desde el púlpito nos insultaba á mí y á mi novia.

—Yo—añadía otro—por haber escalado un convento donde estaba encerrada una hija mía, á quien los jesuitas estaban prostituyendo.

—Yo—agregaba un soldado—por haberme negado á comulgar.

—Yo—decía un padre de familia—por haber abofeteado al párroco que quería enterrar en su cementerio á una hija mía.

—Y yo—replicaba otro—por haberle abofeteado por no querer enterrar á mi mujer.

—Yo soy maestro: estoy preso por enseñar á los alumnos que la Iglesia es un ciempiés.

—Yo, periodista, por escarnecer la religión.

—Yo... y otros quinientos, hemos sido presos por delación de la Defensa Social sin saber por qué.

Jesús iba repasando el texto de la Constitución; y como le sorprendieran hablando á los presos, le acusaron de preparar un complot anarquista.

La acusación fué terrible: desfilaron dos mil y tantos testigos. «He oído decir—declaraban—que este hombre es capaz de todos los crímenes.—Persona cuyo nombre no puedo revelar, me aseguró haberle visto fabricar bombas.—Yo tengo por seguro que es el autor de varios atentados.—Y así quedó probado el delito.

El día del juicio oral no hubo un testigo de descargo.

Quince días después Jesús era ejecutado en el patíbulo, asistido de los Hermanos de la Buena Muerte y de un celoso padre jesuita.

El Padre Santo envió la bendición apostólica á los jueces.

Al llegar de nuevo al Eterno Padre, díjole Jesús:

—Papá: en España hay una hermosa tolerancia de cultos; no se molesta á nadie por sus ideas religiosas; pero á mí me han ejecutado en patíbulo.

—¿Pues qué hiciste esta vez?

—¿Yo?... Nada: no hice nada; se lo hacen todo ellos.

RICARDO MAYOL

¡Alerta, comerciantes!

El clericalismo no es otra cosa que la intromisión del clero, procurando su preponderancia en todos los órdenes de la vida.

Esta intromisión se hace primero disimulada, solapadamente; es el clavo y la capa del jesuita, que sirve de base para quedarse poco á poco con el edificio en que el uno se clava y la otra se cuelga. Cuando ya se creen fuertes, entonces el ataque al bolsillo, á la propiedad ajena se hace con todo descaro, á banderas desplegadas.

Esto ocurre ya á los jesuitas con eso de acaparar el comercio, como han acaparado tantas otras cosas; y por cierto que lo hacen en una forma y extensión digna de que los comerciantes se pongan en guardia y procuren defenderse si les queda un átomo sólo de instinto de conservación.

Es el caso que los socios de la Compañía de Jesús—de esa Compañía que le deja sólo y hasta sin nombre, ya que se lo quitan para usarlo como marca de comercio—hacía tiempo que tenían funcionando los llamados Patronatos de obreros católicos, donde se vendía de todo, desde botas hasta patatas, con cierta economía y sólo para obreros; pero es el caso que, tomado el pulso á la bon-

dad del negocio y á la tontería humana, se les ocurrió la luminosa y productiva idea de ampliar el negocio á todas las clases; y he aquí que el P. Abreu anunció con bombo y platillo una conferencia que dió días atrás en el local de los luses, en cuya perorata, á vuelta de muchas rimbombancias y sus consabidos ataques al libera ismo maldito (que tales cosas les permite), vino á resumir diciendo que, en adelante, en las tiendas del Patronato y en muchas más que se abrirán, se venderá también, aunque al precio corriente en el mercado, á todo el que quiera comprar; y que, entre otras ventajas, obtendrán la de ejercitar la caridad sin detrimento del bolsillo, porque, según dicen, por cada duro de gasto dan ellos sesenta céntimos á los pobres.

Nosotros no creemos que sea verdad lo de los sesenta céntimos, pensando piadosamente; mas si por casualidad lo fuera, resultaría que se originaba con esto un perjuicio á los verdaderos pobres, pues hay señoras miserables—á nosotros nos habló una millonaria en este sentido—que creen resuelto el problema de la caridad y acuerdan suprimir la limosna como primera providencia. Pero, además, aun en el supuesto de que los pobres no sean ellos—como tales se quieren hacer pasar por lo del voto,—hay que convencerse de que el perjuicio sería enormísimo para toda clase de comerciantes de géneros de comer, beber y arder, y de los otros, pues á todos se dedican los *angelitos*; y dada la estulticia de la gente beata, que es la que más abunda entre las mujeres, que son las que en las casas corren con eso, ya observarán los comerciantes las consecuencias en los libros de caja. Y los no comerciantes también, pues es de notar que los jesuitas industriales han extendido su esfera de acción hasta fundar una agencia en la calle de Jacometrezo, 19 y 21, bajo la advocación de la *Purísima Concepción*, en la que se prestan toda clase de servicios de agente de negocios, notario, abogado, procurador, etc., etc. Nada; el *desideratum*.

Y cuenta que en eso de los comestibles, botas y zapatos, vinos y cervezas y demás, fácil es que por lo del carácter de patronato se escuden en cualquier ley ó disposición de beneficencia para escatimar la cuantía de la contribución industrial. De todos modos la competencia es ruinísima, porque los demás no pueden poner carteles anunciadores ni en la sala de conferencias de los luses ni en las rejillas del confesionario.

Y quienes tales recelos despiertan, tales competencias establecen, olvidándose del precepto de Cristo que aconsejaba á sus discípulos que no llevaran ni alforja ni túnica para el camino, ni quisieran hacerse tesoros en la tierra; quienes tales perjuicios originan, quienes siembran esos vientos de tempestad, se extrañarán luego de que el día menos pensado, aprovechando una semana más ó menos trágica, se proceda á hacer con todos esos comercios liquidación general.

Y á todo esto, todavía se sigue leyendo en las obras de San Jerónimo, que *«es preciso huir de un sacerdote que se dedica al comercio, como de un apestado.»*

Pero es lo que ellos dirán para sus adentros: por eso precisamente le pintan á aquel desgraciado santo recluido

en una cueva, en cueros vivos y en los huesos, el pobrecito... Y nosotros no queremos vernos así.

Aforismos

Iguales son los curas y venenos, pues son los más nocivos los más buenos.

Toma cuanto te d ere el buen creyente: del he eje... el dine o solamente.

¿Sabéis el santo á quien venera el clero con mayor devoción? A San Inuero.

Saluda á tu rival con dulce abrazo, y dale por detrás luego un trancazo.

Ve á novenas, trisagios y sermones, y ponte la conciencia en los talones.

Haz con quien paga bien la vista gorda, y entona regoldando el «sursum corda».

P edica caridad, y en tu retiro al que te pida un «chavo», dale un tiro.

Los milagros

No sólo la religión católica, todas las religiones han apoyado y se apoyan en milagros.

La antigüedad tenía los suyos, como la edad media, como la moderna.

Julius Obsequers, un autor latino, escribió un libro sobre los prodigios y los sucesos maravillosos producidos en la época de Griegos y Romanos.

Al decir San Agustín que sin los milagros no sería cristiano, da á sus creencias una base sobradamente vacilante, puesto que gran número de milagros se habían realizado antes de él, y de que se tratase de religión judía ó cristiana; y aquellos milagros, lo mismo que los del Evangelio, habían sido atestiguados por millares de testigos.

Hoy, la mayor parte de los milagros consisten en curaciones obtenidas por oraciones; la devoción á la Virgen María de Nazaret, como no paga patente, hace una concurrencia desleal á los médicos.

En ciertas épocas del año, los trenes, atstados de enfermos de toda clase, arrojan millones de peregrinos á los pies de Nuestra Señora de Lourdes, la gran curandera. Sordos, ciegos, paralíticos, sarnosos, eczematosos, sifilíticos, febricitantes, individuos cubiertos de llagas purulentas, todos entran en la piscina con la convicción, real en unos, fingida en otros, de que van á recuperar la salud.

Esas personas tan devotas y que tienen confianza tan ciega en la bondad de Dios, no deberían ir de tan lejos para lograr su curación. Les sería mucho más cómodo, más barato y de la misma eficacia, entenderse directamente con Dios en sus domicilios, puesto que está en todas partes.

La piscina de agua milagrosa, en que á veces se meten hasta tres mil de esos

enfermos, no se renueva sino una ó dos veces por día.

El pus de las llagas, la roña disuelta y hasta las deyecciones intestinales de los enfermos sorprendidos por el frío, deben hacer del agua de la piscina una horchata poco apetitosa.

Pues bien; muchas veces se ha visto á fanáticos llenar un vaso con ella y absorberla de un trago, con los ojos elevados al cielo. ¡Puah!

¿Es posible, pregunto, presenciar un espectáculo más asqueroso y más degradante para la humanidad?

Se ha observado que en esa multitud de enfermos delirantes es rarísimo encontrar un cura ó un fraile.

Y es porque en tanto que mandan los devotos á Lourdes en busca de la salud, ellos se van por bandadas á las estaciones laicas de baños medicinales reputados, como Vichy, Plombières, etc., despreciando hasta tal punto á sus estúpidos parroquianos, que ni siquiera ocultan sus preferencias.

Hace poco se contó entre los clientes del establecimiento de Plombières al mismo cura de Lourdes.

Estos hechos, capaces de hacer reflexionar á un niño de cinco años, deberían bastar á los infelices explotados para caer en la cuenta del charlatanismo de los pastores tonsurados que conducen á las peregrinaciones sus manadas de idiotas; pero las pruebas más contundentes y más evidentes resbalan sobre la caparazón espesa de los beatos. Quieren ser engañados, como la mujer de Sganarelli quería ser golpeada.

CARLOS BEAUQUIER

Al lado de un enfermo

¿Con que dice usted, madre, que en religión la llaman sor Filomena, y que la corporación á que pertenece se dedica á cuidar enfermos?

—Así es, hijo mío.

—Santa y nobilísima misión la de cumplir una de las mejores obras de misericordia, y creo que dará usted gracias al cielo por haberle deparado esta ocasión de asistir á un varioloso. Nosotros, miserables pecadores que nos pagamos del mundo y sus vanidades, podremos tener miedo al contagio; pero ustedes, ángeles de caridad...

—¡Hum!

—¿Qué es eso, madre?

—Que parece que se nota así cierto tufillo...

—La fiebre natural de esta enfermedad. Mire, mire, madre, cómo le brotan las viruelas... ¿Quién tuviera ese desapego á la vida que tienen ustedes!... ¡Dichosos los que han llegado á convencerse de que esta vida no es la vida, y que hay una futura patria que nos espera más allá de la tumba! Dichosos los que piensan que cuanto más se afeen en este mundo más hermosos aparecerán ante los ojos de Dios! ¡Ah, madre! Si yo conservase aquella fe de otros tiempos, procuraría adquirir la enfermedad, afearme todo lo posible, morir cuanto antes, y... ¡qué ocasión más hermosa! Esas pústulas del enfermo están brin-

dando una bienaventuranza. ¡Si yo tuviera fe!

—Le diré, hijo mío. Nosotras amamos el sacrificio, pero la carne es flaca.

—Según la parte que sea, madre. Comprendo que le sería á usted muy sensible morir á los cincuenta años.

—Cuarenta y ocho, once meses y dos días.

—En la flor de su vida, como quien dice; pero ¿qué es el tiempo comparado con la eternidad? ¿Qué esta vida misera y deleznable? ¿Qué?... Pero me parece que el enfermo pide agua. ¿Quiere usted dársela, puesto que aquí la hay templada? ¿Quiere de paso subirle las mantas que ha dejado caer en su desasosiego?

—Si le fuera á usted lo mismo hacerlo por mí... Yo, entretanto, leería dos ó tres capítulos de *La Imitación de Cristo*. Un libro precioso. ¿Usted no lo conoce?

—No, señora; pero...

—Es un libro de oro, una joya, un...

—¡Un vaso de agua, que me ahogo!—dice el enfermo entreabriendo los ojos.

Y la sor no se mueve, y se hace preciso que yo aplique el codiciado líquido á los labios del paciente.

.....
Como aquella velada fueron las veinte que pasó asistiendo al enfermo; muchos rezos, pero nada de acercarse á la cama como no fuese para marear al paciente con sus semi-sermones.

Gracias á que personas impías, pero humanitarias, le asistían, que ¡si no!... Entre padrenuestros y avemarías se va derecho á la mansión de los bienaventurados.

Nota importante:

La sierva de Dios se dignó admitir por sus eficaces auxilios mil reales para la santa casa, y aún se retiró gruñendo:

—¡Qué mal se recompensan nuestras cristianas tareas!

¡Qué vergüenza!

Si en España pudiéramos ya avergonzarnos de nada, leeríamos con las mejillas encendidas esto que publica *El Nuevo Mundo*, periódico que nada tiene de anticlerical:

«Todavía se celebran en España autos de fe. No otra cosa constituye el pintoresco espectáculo que se puede presenciar en Jaca durante las fiestas de su patrona, Santa Orosia.

De la provincia de Huesca acuden á la caliza de la antigua diócesis, que se llamó de Aragón, y que es una de las más antiguas de España, muchos infelices enfermos de epilepsia ó de histeria que se creen poseídos del demonio. Este año se ha visto una jacetana que ha venido exprofeso desde Buenos Aires para ver si por mediación de la santa lograba lanzar de su cuerpo los malos espíritus.

En la procesión, los *espiritizados*, que así se les llama, van delante de la urna de plata que contiene el cuerpo de la santa. En su mayoría son mujeres, viejas y jóvenes. También se ven algunos hombres, pocos. Llevan atados fuertemente los dedos por anillos de hilo bramante, para que los demonios salgan por las extremidades inferiores. Y es un espectáculo que tiene tanto de gro-

tesco como de horrible ver sus caras siniestras, terrosas, dosimétricas y demacradas, contraídas por la epilepsia. A unos, débiles y agotados, les sostienen sus parientes; á los otros, en pleno ataque, les sujetan sus familiares y les prodigan palabras de esperanza y de consuelo, para que cesen en sus contorsiones y en sus blasfemias y en su agresividad. ¡Espectáculo grotesco, espectáculo horrible, digno del pincel abracadabrante de Goya!

Y luego, en la Plaza del Toro, se celebra un verdadero auto de fe. Se colocan en dos hileras todas las cruces parroquiales de los pueblos del contorno. En medio de esta calle de cruces, los espiritizados aguardan impacientes el momento en que el obispo coja el cuerpo de la santa para bendecir con él á la multitud. Detrás del obispo, presidiendo el acto, están el gobernador militar, hermano mayor de la cofradía de Labradoros, el alcalde y el juez de primera instancia. Detrás de la presidencia, el elemento militar y el cabildo.

Y en el momento solemne de la bendición, lo grotesco y lo horrible del espectáculo se agranda; lanzando proporciones increíbles. La furia de aquellos infelices se desata: gritan, gesticulan, saltan epilépticamente, se revuelven en contorsiones increíbles, blasfeman, injurian al obispo, y algunas veces—como le ocurrió al anterior que gobernó aquella diócesis, el P. Valdés—llegan hasta golpearle ferozmente; escupen á los crucifijos, á las medallas y á los relicarios que sus allegados les colocan en la frente; se les salta á unos el calzado, que por la fuerza del ataque va por el aire á caer á gran distancia; quédanse otros desnudos, y alguna posea—como ocurrió el año pasado—llega á quedarse en cueros. Por fin, el ataque pasa y aquellos míseros cuerpos, aquellas exmujeres y aquellos exhombres, caen rendidos al suelo ó echan á andar desmadrados, rendidos, apoyándose en los brazos de sus familiares.»

Cuando hayan leído esa descripción en el extranjero, ¡qué habrán pensado de España!

Pase que el obispo de Jaca, ese busca ruidos del episcopado, presida ese espectáculo de degradación humana; al fin vive de eso.

¿Pero que asista á él la representación más alta del Ejército en Jaca, y la de la magistratura?

Esto hace avergonzarse de ser español y hasta de ser hombre; esto es justificar todo lo que de nosotros se diga y contra nosotros se haga.

Esto es clerical, en suma, y como tal, digno de toda execración. Y hay que acabar pronto con todo esto, si no queremos que todo esto acabe con nosotros.

Rápida

Raras eran antiguamente las familias que no tuviesen un hijo fraile. Como el hábito merecía entonces tanta veneración y respeto y á veces elevaba á los puestos más altos, siempre era para el hijo una colocación ventajosa y para

sus parientes una honra ó una esperanza de protección y de futuros medros.

Hoy no; el tipo frailuno clásico va desapareciendo, porque sólo toman hábito los reñidos con el trabajo, los divorciados de toda idea grande y elevada, y los zafios y los ignorantes.

En otros tiempos los frailes solían ser los que más sabían.

E entonces un fanático con un crucifijo en la mano, conmovía las masas; ahora no las mueve contra su interés ni un terremoto. Antes daba consideración el hábito y encubría las miserias humanas; hoy se aprecia á los hombres por lo que valen y lo que ejecutan.

ERNESTO SALVADOR

Alcudia.

Dos frailes robados

Dícenme desde Aracena que andan por allí dos frailes pidiendo limosna, á pretexto de que les han robado seis duros y una maleta cerca de Campofrío.

Algunos maliciosos propalan que no es cierto, mientras otros aseguran que sí, pero que el robo se hizo de acuerdo con ellos, para presentarles ocasión de *empuñar el sable* y lanzarse denodados sobre la gente bobalicona.

Parécenme absurdas ambas suposiciones, aunque disculpables: es muy difícil sacarle una peseta á un fraile ni aun por el procedimiento del robo.

Mas no debemos olvidar que la pena del talión se aplica á veces sin sospecharlo, y que no es siempre una frase vana la de que «quien á hierro mata, á hierro muere».

Eso de confesar día tras día y andar siempre en piadosos ejercicios con las hermosas Hijas de María, suele traer sensibles perjuicios.

Y lo prueba mi amigo Resti nto, que fué un cura de carnes muy lozanas, y á quien estas tareas tan cristianas han reducido á estado de canuto.

Que sean felices

Se prendó de un camillero del Hospital de la Caridad de Sevilla una hija de San Vicente de Paul, y huyó con él hace dos semanas.

Ella es una jamona apetitosa y que *abiye a parné*...

El es joven y robusto...

Que el Dios que ha permitido su unión los haga felices, deparándoles una perpetua luna de miel.

Y si tuvieren hijos, como es probable, que no se les ocurra meterlos á monaguillos.

Los curas del sistema Aracín, del que hablaré más adelante, forman ya legión, y pudiera el inocente caer entre las garras de uno de ellos.

Si es que algún fraile no se le adelantaba.

Un sermoneo en el Juzgado

He aquí una noticia importante, que me envía un amigo de León con fecha 12 del actual:

«Hoy se ha celebrado en este Juzgado municipal un juicio de faltas contra un canónigo que no se atrevió á repetir en el Juzgado las injurias que dijo en el púlpito contra los liberales españoles.

Pocas veces se ha visto tan concurrido el Juzgado para presenciar estos juicios; acompañaron al denunciado:

D. Nemesio Sánchez, canónigo lectoral.

D. Amadeo Díez, párroco aspirante á canónigo.

D. Ildefonso Cañón, párroco de un pueblo de esta provincia, que no se sabe por qué, se dice que está obligado á residir aquí.

Y un fraile, de oficio relojero, reparador de las hojas dominicales ó jesuítas.

Los testigos más ó menos católicos echaron el capote al canónigo, y el Tribunal, que firmará la sentencia mañana, absolverá al demandado. Seguramente lo absuelve.»

La denuncia está concebida en estos términos:

"Al Juzgado municipal

José Muñiz Villamanda, mayor de edad, casado, periodista, con cédula personal que presenta y recoge, pone en conocimiento de su autoridad el hecho siguiente:

En la mañana del 29 de Junio último, ocupando la cátedra sagrada el canónigo D. Alejandro Rodríguez en esta catedral, y dirigiendo á los fieles un sermón sobre la festividad del día, aunque parezca objeto bastante extraño á la misma, se ocupó de los sucesos políticos de actualidad, comentándoles en forma descompuesta é impropia del lugar en que platicaba, de las personas que le escuchaban y hasta de la cultura que por sus títulos y cargo deben suponersele; y refiriéndose de manera expresa á los liberales españoles, les calificó con las palabras de COBARDES y CANALLAS.

El que suscribe, probado y conocido liberal de esta ciudad, en la que es redactor del diario republicano *La Democracia*, secretario de la junta directiva del «Casino Republicano Leonés» y ex-director del semanario *La Verdad*, públicamente condenado por la autoridad eclesiástica, es por tanto uno de los ofendidos por las palabras injuriosas del canónigo, y como tal, denuncia el hecho relatado, entendiéndolo que éste es constitutivo, cuando menos, de la falta definida en el número 1.º del artículo 695 del código penal, á fin de que sea castigado en el correspondiente juicio de faltas.

Porque es hora de que se castiguen de alguna manera legal estos desmanes y estas procacidades dichas en la misma divina faz ante los altares en que se venera y en circunstancias de insólita impunidad; manera la mejor de evitar que los ofendidos, en lo sucesivo, acu-

dan á otros medios de vindicación y de corregir esos excesos, que no son los más á propósito para que los ministros de la fe catequicen conciencias extrañadas y persuadan inteligencias caídas en el error (según ellos), mediante el uso de injurias y provocaciones en lugar de sólidos argumentos y evangélica mansedumbre.

Suplica al juzgado que se sirva señalar día y hora para la celebración del juicio de faltas con citación de las partes, señores adjuntos y representantes del Ministerio Fiscal, si ha de intervenir dicho señor fiscal.

JOSÉ MUÑIZ

León, 8 Julio de 1910.

Un aplauso sincero al buen liberal que se dió por agraviado y emplazó ante el Tribunal al deslenguado canónigo. Toda vez que las autoridades no envían sus delegados para castigar los insultos de los predicadores á los ciudadanos españoles, cuyo honor y dignidad está puesta á los pies de esos caballos, harán bien los liberales en enviar á los sermones una delegación cuando menos de tres individuos: uno para que ejerza el derecho de denuncia y los otros dos para dar testimonio de las injurias y calumnias de esos deslenguados. Con esto no ocurrirá lo de León: que el canónigo negó haber proferido tales agravios, y el sermoneo se

verá precisado á cantar la palinodia ó á pasar por la querrela criminal consiguiente.

Comprendo que será terrible para algunos esto de ir á la iglesia con lo sucias y mal ventiladas que están, lo apesadosamente que huelen las beatas, y las muchas cucarachas, arañas y ratones que habitan en ellas por derecho propio.

Pero todo ideal exige sacrificios, que ningún espíritu varonil rechaza. Esto aparte de la compensación hermosa que recibirán al ver un cura, un canónigo ó un obispo ante el juez, por lenguaraz, insultador y rabaneresco.

Con que ánimo, y á imitar á ese amigo de León.

La bolsa ó la vida

Una distinguida señorita de Asunción (Uruguay), Hija de María, vióse obligada á aceptar una plaza de profesora en una escuela evangélica. Al enterarse el Prelado católico, le intimó el abandono del cargo, bajo pena de incurrir en la excomunión y en las iras de San Pedro y San Pablo, y de todos los Papas simoníacos, crapulosos, blasfemos, ladrones y lujuriosos sucesores del obispo de Roma.

Y al obispo ¿quién le excomulga?

R. I.

P. A.



PRIMER ANIVERSARIO

LA SEÑORA

D.^a Ana Huidobro y Prieto

ESPOSA QUE FUE DE

D. José de Montes Sierra

Que falleció el 14 de Julio de 1909, habiendo recibido los auxilios espirituales y la bendición de Su Santidad

Todas las misas que se celebren el día 14 del corriente en las parroquias de San Roque, San Isidoro y San Miguel Arcángel, y la de Réquiem, á las once, en esta última iglesia, serán aplicadas por el eterno descanso de su alma.

Su viudo, hijos y demás familia ruegan á sus amigos la encomienden en sus oraciones.

Copio de *El Liberal* de Sevilla la anterior esquila mortuoria, para decir: El Sr. Montes Sierra representa actualmente á aquella ciudad en la Diputación á Cortes. Y asegura que es anticlerical.

¡SÓLO PARA HOMBRES! SICALIPSIS MONASTICA

XII

El diablo en la monja

«En el infierno, los demonios quieren que haya demonios-curas para confesar a sus feligreses.»

(Padre Boceta, agustino. Sermones. IV. Párrafo IX.)

Hemos llegado al punto estratégico del misticismo monacal, al zarzal del monte de la Venus monástica, en donde corretean como sátiros el fraile y el diablo, sin ser posible discernir quién de ellos es más diablo ó más fraile.

Ninguna mujer debe leer estos capítulos sin expresa licencia de sus padres y maridos, que podrán darla según la situación en que ellas se encuentren; escríbele para abrir los ojos á los padres y tutores de jóvenes que manifiesten deseos de conventuar, con el fin de que á vista del abismo y de sus horrores, formen plena conciencia del deber y de los medios que necesiten emplear para salvar del peligro á sus educandas.

Las principales escenas que vamos á presenciar no las describe Valencina en el libro *Flores del claustro*. Este libro, con su título simbólico de *Flores del claustro*, está dirigido á las doncellas que se hallan todavía fuera del convento. En él se hace como un espeso tejido de enredaderas y de flores que cubren de verdor y de atractivos colores las paredes del misterioso edificio, en cuyas ventanas asoma el lorito del fraile como *reclamo público* llamando á las jóvenes y excitándolas á pasar el umbral. Todo lo que hemos visto son coplas mentidas, historias falaces, leyendas inventadas por la picardía; ahora vamos nosotros á penetrar ese umbral y á presenciar los espectáculos del interior del convento de monjas, según las pinta Valencina en sus otros libros *Cartas á Teófila* y *Cartas á sor Margarita*, monjas conocedoras ya de la realidad de la vida monástica, comparables á esas desgraciadas ramerías aviejadas en el oficio, inútiles para todo otro, y atadas por el estrago de sus cuerpos y de sus almas al perpetuo voto de su profesión. Ya no pueden romper las rejas de su cárcel; unas y otras están incapacitadas para salir; sienten horror á la vida social; ya están seguras; á ellas puede contárseles lo que habría esquivado á las novicias y aspirantas.

Entremos de lleno á sorprender la monja en su intimidad.

Lo que cree la monja

La teoría monástica fúndase en la falsa distinción entre el alma y el cuerpo; y, siguiendo la doctrina de Mmes, presupone un espíritu divino excitando el alma al bien y un espíritu malvado arrastrando la carne al mal.

En otro capítulo analizaremos psicofisiológicamente esta teoría. Aquí veamos los términos en que expone esta creencia el liso capuchino:

«En nuestra infancia no podíamos comprender que la carne fuera un enemigo del alma; pero después, una triste experiencia nos prueba que este enemigo es por lo menos tan terrible como el demonio.» (*Cartas á Teófila*, pág. 120.)

No me entretendré en deshacer los enredos doctrinales del fraile. Aplicándole á él la frase que él aplica á las argucias del diablo tentador de las monjas, responderé á sus logomaquias con «el desprecio y nada más que el desprecio, sin pararme á disputar con el fraile, porque si el diablo sabe más teología que el maestro de las sentencias, él presume saber más que el diablo y con sus logomaquias nos enredaría en una quisquillería sin fin».

..

Valencina explota indignamente esa ilusión íntima de las infelices monjas de creer el alma como cosa distinta é independiente del cuerpo en su ser y en su funcionamiento. Toda su teoría parte del principio antropomáquico, de existir en el hombre dos energías contrarias, dos espíritus rivales: Dios y el diablo, sin querer ver que las funciones que atribuye á ese diablo y á ese Dios intraorgánicos, tienen el mismo origen y obedecen á las mismas leyes.

Esta doctrina divino-diabólica, condénsala el fraile en estas dos frases:

«Somos como un piano con que el diablo se entretiene, y nosotros no podemos evitar que él ponga el dedo en la tecla que quiera y haga sonar la nota correspondiente... No hay pecado ninguno en sentir el contacto del dedo infernal, ni en oír la nota por él producida.» (Ibidem, pág. 158). En otra parte veremos que también Dios tiene su registro en el cuerpo musical; aquí nos concretamos al arte demoníaco.

Excusado es el trabajo de arrojar al rostro del fraile los calificativos de blasfemo contra la naturaleza, de impostor y de malvado, merecidos por la criminal osadía de atribuir á un principio maligno los inocentes y castos latidos de la carne humana, sacrilegamente comparados á *notas de teclas heridas por el dedo del diablo*, cuando no son más que esfuerzos de la Vida á expansionarse y comunicarse en otras Vidas, y gemidos de seres vivientes en la prisión sexual del cuerpo reclamando la libertad de la vida independiente y personal. Si ante la ciencia el dedo pulsador de esas *notas de vida* es el sapientísimo instinto á quien no convencen ni acallan los enredos de la mística, y que á todas las logomaquias y anatemas, va respondiendo con el dicho de Galileo: «y, sin embargo se mueve»; ante la religión cristiano-mosaica, la fuerza pulsadora y percusora y vibrante es aquel Soplo Divino salido de las entrañas de la vida del mismo Dios, y que está repitiendo incesantemente, como péndulo de reloj eterno,

aquellos decretos: «el hombre no está bien sólo; crece y multiplicate y puebla la tierra y el tiempo.» A esta vibración divina, á esta palpación continuadora del aliento del mismo Dios, á este eco perenne de la vida fundamental de la humanidad y de la religión, sin el cual el hombre quedaría desligado de su creador religioso; á este misterioso, sacratísimo y santísimo rezo cultural con que el instinto, los órganos y las células celebran en el misterioso templo de la Vida palpitante, la gran religión y la gran solemnidad continuadora de la fiesta de la creación en la procreación; á este Sacramento rey de los Sacramentos; á este instinto-sacerdotal, rey de los sacerdotes; á este acto humano-divino, el indecente fraile, el fraile inmoral, el fraile sacrilego llámalo *nota diabólica, despreciable, pecaminosa!*... ¡No es el soplo de Dios! ¡Es el soplo del diablo!

¡Y que ese fraile blasfemo haya salido de uno de esos latidos, de una nota de las teclas del cuerpo de su madre!... ¡Que Dios haya de oírse llamar diablo por ese renegado del sagrado linaje humano!... ¿Por qué á esos latidos vitales de sus cuerpos engendradores del fraile, no respondieron sus padres con disciplinazos contra su carne, mutilándose, si fuese preciso, hasta matar esos latidos?

..

¡Desdichadas monjas! Allí encerradas y aisladas, refugiadas allá para entregarse al Esposo imaginario que no encuentran, la carne les está diciendo que se engañaron, que salgan á buscar afuera el sosiego mentido del claustro; y para consolarlas, el fraile que no sabe hacerlas sentir el Esposo celestial, les hace sentir dentro de ellas mismas, el diablo... He aquí los términos de Valencina á su carísima Teófila (página 209 y 210):

«No temas ni desmayes, aunque veas al demonio atizando solfco ese horno. Créeme y no te engañes á ti misma, pensando que esas imaginaciones tan violentas, y esas sensaciones indefinibles, y la turbación que las acompaña y el martirio que las sigue, son cosas tuyas ó hechas por ti; que no son sino cosas del demonio, palabras que él te dice interiormente, imaginaciones que te representa, y sensaciones que él te hace percibir. Desprecialo todo, míralo como cosa ajena, que aunque te horrorices y te dé pena al sentir aquella mala palabra, al fin te consuela el pensar que no eres tú, sino el otro quien la dijo, aunque tú lo sientas decir. Horrorízate, que es muy justo, de que el demonio diga y haga, hable y obre en ti, como demonio que es; pero consuélate de que no eres tú la que habla y obra, aunque sientes lo que él dice y lo que hace. Tras la tempestad vendrá la calma, y tras ausencia tan dolorosa, la visita del Amado.»

..

He aquí el destino y paradero de la virgen; la esposa enamorada de Dios hecha un acordeón en manos del diablo. Y he aquí un Dios-Esposo que, no

sólo consiente el palpaleo continuo de sus esposas por su rival, sino que, como el curioso impertinente del Quijote, no sabe contentarse sin ello y se goza y disfruta y encuentra sus mejores delicias en presenciar este palpaleo horrible, cuyos extremos veremos luego, y siente placer en presenciar las contorsiones del cuerpo y las estrangulaciones del alma de su esposa, y ve *tocar* las teclas y escucha sus sonidos, y las contempla á ellas irritadas y locas, y les dice:

—No hagas caso... Eso me divierte á mí mucho... ¿Que te rindes y caes aturdida y convulsa en brazos del diablo?... No hagas caso... Esto es muy divertido... Atiza solicito el horno, diablo; preséntale imágenes, cosquilléale las sensaciones más irritantes... A ver si cae... A ver qué ojos pone... Es muy divertido... Es un espectáculo digno de los dioses-maridos...

Dígame el lector: ¿ha visto algo tan inmoral, tan monstruoso y tan indigno en trat do alguno de pornografía y aun de demonismo sexual? ¿Es posible blasfemar más horriblemente? ¿Es posible hallar mayor iniquidad?... ¿Quién es aquí el esposo y quién es el santo, Dios ó el diablo?

De este modo, el fraile ha sabido divinizar y demonizar la monja; ora se cree penetrada de Dios, ora penetrada del demonio, sin ver que tanto las barbas del Padre Eterno como los cuernos del diablo llevan siempre el capuchón del fraile. En vez de ser su cuerpo caja de música, es *piano de teclas* con que se divierten el fraile y el diablo.

S. PEY ORDEIX

Los Mandamientos de la ley clerical son diez

El 1.º Amar á los curas sobre todas las cosas y á Dios bastante menos que á los curas.

El 2.º No jurar en vano exterminar á los liberales.

El 3.º Santificar los mayores atropellos, si los cometen los neos.

El 4.º Honrar á Carlos VII (hoy su hijito Jaime) ó á Maura cuando menos.

El 5.º No matar el despotismo aunque se esquile la Humanidad.

El 6.º Fomentar á todo bicho viviente, real ó metafóricamente.

El 7.º Hurtar lo que se pueda en forma de limosna ó de legado, y hurtar también el cuerpo cuando se divise la porra liberal.

El 8.º No tener escrúpulos en levantar falsos testimonios ni en mentir á mansalva en perjuicio, aunque sea de la vida, de todo el que no sea clerical.

El 9.º Confesar con toda libertad á la mujer de tu prójimo.

El 10.º Promover de nuevo la amortización, codiciando *santamente* los bienes ajenos.

Estos diez Mandamientos se encierran

en dos: amar al clero sobre todas las cosas y amolar á todo prójimo liberal en favor de sí mismo. Amén.

"Los vencidos"

(LECCIONES DE LA VIDA)

En uno de los últimos días del pasado Junio, leí en *El Globo* una carta del que hasta entonces fué su director, despidiéndose del periódico y sus redactores, resignando la dirección y trazando en frases llenas de amarga y elocuente ironía, la historia de su alejamiento del periódico. Si recordamos que *El Globo* es un diario liberal y que el periodista que le dirigía había reñido muy buenas campañas por el credo liberal-monárquico, llegando en ocasiones á merecer ser tenido como expresión exacta del ideal de su partido y del pensamiento de su jefe Sr. Moret, se comprenderá mi asombro ante el caso insólito de un periodista que deja la pluma cuando mandan los suyos, después de haber arrojado todos los rigores de la oposición y puesto al servicio de los suyos tiempo, salud, talento y dinero.

Cuando en los primeros días del mes de Junio de 1906 cayeron sobre mí tantas injusticias, uno de los periódicos que más briosamente me defendieron afirmando que era honroso dar la mano á quien algunos querían encartar nada menos que en un proceso de regicidio, fué el ministerial y monárquico *Globo*, cuyo director no titubeó en jugarlo todo por decir lo que su conciencia le dictaba.

Yo no he olvidado su proceder. En cambio, zaguéanse los palatinos que *El Globo* y su director fueron los únicos que salieron caballerescamente en defensa de la hoy reina de España cuando *El Siglo Futuro* intentó impenir su casamiento, poniendo á los Battemberg como hoja de perejil? Por cierto, según me han contado, que hubo gran interés en acallar la defensa del diario liberal-monárquico, llegando su jefe á declarar en otro periódico, que era ajeno á tal defensa; lo cual no impidió que el jefe fuese poder, en premio de su dinastismo, y el periodista verdaderamente afecto á las instituciones no recibiese ni las gracias de sus defendidos.

Es muy posible que su rectitud en política y su conocimiento de las flaquezas de sus más conspicuos amigos, le hayan cerrado puertas francas siempre al servilismo de los aduladores. Cuando estaba en su auge el bloque, *El Globo* combatió toda alianza de los liberales con los republicanos, opinando que por ser aquéllos monárquicos en modo alguno podían inteligenciarse con los adversarios de la monarquía, á no ser que unos ú otros falta-en á sus principios respectivos. Y recuerdo que de algunos de los artículos de *El Globo* fué atribuida la paternidad á un renombrado ex-ministro liberal, que no se molestó en declinarla; y he aquí que hoy, el ex-ministro tenido como inspirador de aquellos artículos contrarios á los radicales-liberales, el presidente de un alto

Cuerpo Consultivo, mientras el autor de los artículos cuelga su pluma viéndose preterido y desdénado.

Veo en el banco azul, en la mesa del Congreso, en los escaños de la mayoría, y cerca de una futura ministerial poltrona, á prófugos del campo republicano. Y veo alejado de las Cortes á un periodista liberal de la buena escuela y monárquico sincero de los que jamás doblaron su cerviz en las antecámaras palatinas. Ese periodista rigió un periódico defensor de Canalejas, pero no fué de los que á diario iban á verle, como siendo moretista no visitaba á Moret; y esta conducta, digna del cultista de ideas, del mantenedor de doctrinas, explica su preterición del encasillado.

Hombre de trabajo y de estudio, sabe de Presupuestos tanto como Besada, que es aventajar á Cobián; de Administración, podría poner cátedra; de Marina, conoce lo que falta y lo que sobra; de Guerra, basta decir que tiene resuelto el problema de la Instrucción Militar general; de política exterior, tiene noción exacta de lo que á España importa y conviene, y de la interior lo mismo. Ha invertido su vida en capacitarse minuciosamente de todo, para estar en aptitud de hablar de todo conscientemente. Su lógica es inflexible; su lenguaje, la expresión más feliz del sentido común. No es extraño, pues, que haya tenido que alejarse de la oligarquía imperante.

¿Dónde está? No lo sé. Pero allí donde resida, llégueme mi saludo afectuoso. Adversario suyo, no le olvido. Buen español, buen caballero, buen periodista, político pundonoroso, debe esperar el advenimiento de los que le entiendan y comprendan. Los vencidos de hoy son los vencedores del mañana. Reitero á MARTÍN LORENZO CORIA mi afecto y estimación, y aplaudo su altivez, su independencia, su energía.

JOSÉ NAKENS

¡Mentira!

Da realmente asco el leer las estadísticas oficiales que presenta el gobierno acerca de las comunidades religiosas de España. Hasta ahora no he visto una que se aproxime siquiera á la verdad.

Los gobernadores se han fiado de la buena fe episcopal, que les ha dado copia amañada de las órdenes inscritas en su archivo, en el cual aparecen la mitad de las que existen, pues el verdadero censo lo lleva el obispo en libro secreto, y aun en muchas diócesis no constan en él todos los conventos.

Si la autoridad episcopal tropieza con trabas para averiguar el número exacto de conventos trasconejados dentro del campo de su jurisdicción, calcúlese lo que les pasará á los gobernadores que no entienden una palabra de estas cosas, y á los cuales no han necesitado jamás los frailes para establecerse. Además que existen infinitas comunidades clandestinas que viven en casas particulares, como cualquier vecino, y á es-

tas difícilmente les echa la garra el obispo, y mucho menos el gobernador.

La estadística monástica oficial no será jamás completa en España; ni le conviene al gobierno que lo sea. Aterrado se quedaría el país, cuando pudiera apreciar la nube fraíluna que le ha caído encima. Todo eso de la ley del *candado* ha venido ya tarde; no existe congregación religiosa que no tenga una ó varias casas en España. Les importa un bledo, mejor dicho, á los frailes les conviene que se haya cerrado la puerta á los futuros invasores pues así se corta la competencia y adquieren una situación privilegiada, el privilegio de la *exclusiva*. Por más que esto es tonto, pues como ya están todos dentro, no tiene razón de ser la prohibición de nuevas entradas.

Se suprimirán todos los conventos que tengan menos de doce individuos. Esto se remedia fácilmente, con mandar unos cuantos de los que pasan de ciento y de doscientos, como los de los dominicos de Ocaña y Avila, los de agustinos de Valladolid, Monteagudo, La Vid, Escorial, los de jesuitas de Oña, Vuelva y Loyola, los de paules de Madrid, etc., etc., conventos todos rebosantes de personal; algunos de los citados tienen más de trescientos individuos de comunidad, y nada les es tan fácil como repartir unos cuantos frailes para salvar á los conventos que no llegan á la docena.

Lo gracioso en las estadísticas publicadas es que casi no aparecen frailes y monjas extranjeros, cuando los conventos españoles están plagados de ellos. Son extranjeros el 95 por 100 de los Hermanos de la Doctrina, predominan en ellos los franceses, los Maristas, los Sa. esianos, los Cartujos, los Oblatos, los Padres del Corazón de Jesús, los Misioneros de los Sagrados Corazones, los Redentoristas, las Hijas de la Caridad, las Ursulinas, las de la Esperanza, las de Loreto, las Damas negras, las del Buen Pastor, las del Sagrado Corazón, las de la Sagrada Familia, las dominicas Terciarias, las de Santa Ana, las Hermanitas de los pobres, las de Cristo Rey, etc., etc. No hay más que ver la organización de sus casas, sus costumbres, y su modo de hablar para conocer desde una legua que no son españoles. Y lo peor es que odian, ridiculizan y execran todo lo nuestro, extranjerizando á los alumnos, enseñándoles el francés y el italiano y haciéndoles olvidar el español. Tengo yo en mi poder cartas de frailes y monjas *profesores* que habían reír á la cocinera más zafra. Y estas gentes forman la inteligencia de nuestras clases elevadas; así salen ellas de inteligentes y cultas.

Otro prodigio de la estadística monástica española: todas las comunidades se dedican á la enseñanza y á la beneficencia. A la enseñanza porque les produce, y á la beneficencia porque les produce también. Quitenles ustedes los colegios á los frailes, escolapios, flamíneos y maristas y á todas las legiones de hermanitas que andan por allí, y morirán por inanición. Todo el mundo creía que los escolapios de Barcelona no levantarían ya su incendiado y destruido colegio: pues ya está casi restaurado, y funcionará el curso que viene. ¡A buena hora se iban á privar los padres de aquel río de plata!

Seenta y cuatro mil duros, limpios de polvo y paja, produjeron sólo en un

año cuatro colegios de los muchos que los jesuitas poseen en España. En Barcelona tienen dos: el de la calle de Caspe y el de Sarriá; pues está demostrado y probado matemáticamente que estos dos colegios dejan á los jesuitas cada quinquenio un beneficio de *seiscientas cuarenta y un mil ochocientas ochopese-tas*. Añadan ustedes á esto el producto de los demás colegios, el de los colegios que regentan otros frailes y comunidades, lo mismo de hombres que de mujeres, y se explicarán ese celo y ese fervor por la enseñanza que le ha entrado al monaquismo español.

¿Y la beneficencia? Esto encierra un cúmulo de horrores que arranca gritos de indignación al ánimo más apocado. Se trafica y comercia con la muerte, con la enfermedad, con la viuda, con el viejo, con el huérfano, con el asilado, con el mendigo, con la prostituta, con la honra de la doncella desamparada. Todas las lacerias humanas, todas las desdichas, todas las llagas, todos los dolores y las lágrimas de todos los desdichados se convierten en rico filón de oro, con el que se regodean y solazan toda esa legión de vampiros que mangonean los hospitales, asilos y casas de refugio. «Los pobres son el Tesoro de la Iglesia»—dijo en cierta ocasión San Lorenzo mártir, y dijo una gran verdad. A su costa viven y se enriquece la Iglesia y sus hijos predilectos los frailes y monjas, cuya austeridad es farsa y mentira como son sus cursos y estadísticas, cuyo verdadero catálogo redactará el pueblo el día que, llevando en una mano la tea y en otra la piqueta, convierta en polvo y cenizas esas mansiones llamadas *casas de oración*, donde toda inmoralidad y toda podredumbre tienen su asiento.

FRAY GERUNDIO

Milagro lácteo

El periódico católico *L'Amico*, que se publica en el convento franciscano del Rodeo, municipio de Blumenau, Estado brasileño de Santa Catalina, da cuenta de «la inexplicable aparición de un recién nacido en la puerta del convento, y de que, después de las oraciones fervorosas de las hermanas, pudo ser amamantado por una de ellas, en quien la divina gracia hizo brotar el santificado líquido materno».

Esta monja virgen y madre va á pasar á la historia y á despertar vivísimo interés en el mundo científico.

Si el milagro se reprodujese y llegara á hacerse común, resolvería de un modo altamente beneficioso, y hasta económico, el grave problema social de la crianza de los niños expósitos.

Debería hacerse esta prueba: tomar uno de los chicos abandonados en la Inclusa y ponerlo á la puerta de cualquier convento, rogando á las monjas que reprodujesen el ejemplo de sus hermanas de Blumenau. Y si sus oraciones acañaban que en los castos pechos de una de ellas brotase el alimenticio y suave líquido entonces no habría más que rendirse á la evidencia, y yo sería el primero en caer de rodillas.

Eso, sí; antes, y para que ningún impío pudiese negar la evidencia, exigiría que cuatro médicos laicos reconociesen al alma de cría improvisada, y certificasen de si se hallaba en perfecto estado de pureza. Son muy serios estos milagros para admitirlos así sin más ni más.

Si el milagro hubiera consistido en que una ó varias monjas concibieran sin intervención del capellán, no me habría extrañado tanto; esto ocurrió á menudo, según cuentan las crónicas.

Pero que una virgen, sin otro estímulo que el de la oración, llegue á tener leche para amamantar á un niño, esto me cuesta trabajo creerlo, aun cuando comprendo que para Dios nada hay imposible, y que, si quisiera, podría hacer hasta que le ocurriese lo propio á un fraile. Sólo que en este caso no llegaría el líquido á la boca del niño, porque el fraile lo vendería ó se lo bebería.

En fin, que estamos en vena de inventos, lo mismo en el orden natural que en el sobrenatural, y el mejor día vamos á encontrarnos con que se ha inventado un aparato para conseguir lo más imposible de lo imposible: inocular honradez en la conciencia de un jesuita.

¡Pelillos á la mar!

Ha sido presentada en el juzgado de San Pablo en Zaragoza una demanda contra el párroco de Utebo, reclamándole una cantidad.

Ignoro por qué clase de servicios habrá sido; más sea por los que fueren, no ha debido su ex ama apelar á ese extremo sin agotar antes todos los términos hábiles de *avenencia*.

Comprendo que el pobre párroco esté dolorido. ¡Salirle con eso una hembra que compartió con él dichas y penas, á la que quería como cosa propia y con lo que acaso llegaría á esas dulces intimidades que el trato establece, el misterio avalora y la costumbre perpetúa!

Por esto me permito aconsejarle que procure verla sin testigos, hablarle al alma, recordarle algún episodio agradable del pasado ¿y quien sabe?, tal vez retire la demanda.

El corazón de la mujer es fuente inagotable de perdones, cuando no está herido por los celos.

Y como no creo que en este caso ocurra eso, me atrevo á rogar á ambos que celebren una entrevista á solas, olviden sus agravios y se echen luego á dormir tranquilos. El sueño es el gran reparador de nervios y ofensas.

Tiquismiquis clericales

Pues señor, en una iglesia de esta capital catalana había un vicario, y éste tenía un monaguillo que desempeñaba sus funciones *litúrgico-infantiles* sin percibir al mes arriba de cuatro pesetas, para él solo.

El chico era guapito, listo y simpático (no sean maliciosos, que no le pasará nada con el cura), y cayó en gracia á una vieja devota que le preguntó cuán-

to ganaba. La beata cogió al cura en la sacristía y le dijo:

—¿Señor cura, qué poco gana el monaguillo nuevo!

—¡Ay, señor! Eufrasia (la llamaremos Eufrasia), no puedo darle más, aunque sé que su madre es viuda; pero esta iglesia es tan pobre!

—Pues bien, yo le daré á usted tres duros todos los meses para el chico.

Pasa medianaño.

La vieja al monaguillo:

—¿Cómo llevas los zapatos rotos, no te los puede arreglar tu madre con los tres duros que ganas?

—¿Tres duros? No, señora. Cinco pesetas, es lo que me da el señor cura.

La beata, indignada, no pudo reprimirse y soltó:

—Pues si yo le doy tres para tí... es decir...

Quiso arreglarlo, pero no pudo. El chiquillo, que era vivo como una ardilla, no lo echó en saco roto; y pensando que si reclamaba lo suyo que el cura le había estafado nada sacaría en limpio, juró vengarse por lo menos.

Había hecho cierto descubrimiento en el templo de Dios, cuya denuncia costaría por lo menos una rabieta al ministro del Altísimo.

Y ni corto ni perezoso dió el soplo.

Al día siguiente el vicario trínaba, vociferaba, pateaba, mordía, sin presumir de dónde venía el tiro.

¡Habiente descubierto la *mar* de tabaco de contrabando escondido debajo y detrás del altar mayor!

Por respeto al lugar sagrado la cosa no ha pasado á mayores, pero todo el barrio lo ha conocido y la beatería andante mira de reojo al cura contrabandista.

¡Y el monaguillo, sea por lo que sea, cobra ya sus tres duros!

Sea enhorabuena, simpático rapavelas, y deja cuanto antes ese oficio, en el que, si no estafas, sabrás estafado sin remedio.

La siguiente conversación la he escuchado yo mismo en un café de barrio, hace pocas tardes. Ella era una mujer enlutada, de la clase humilde, rolliza y frescachona, que por sus antecedentes la envidiara la más robusta ama de cría.

Su interlocutor era un hombre; mejor dicho, un cura vestido de hombre. No describiré el tipo porque todos son iguales ó á mi por lo menos me lo parecen: las mismas trazas soeces, la misma cara ordinaria y el mismo tufo á choturo y suciedad que es peculiar también del fraile.

Se trataba, por lo que comprendí en seguida, de que el curiano necesitaba mujer; no mujer propia como los demás mortales, sino mujer alquilada para que le hiciera las buenas de casa y las que las amas de cura acostumbra á desempeñar *ad majorem Dei gloriam*.

—Mira, Ramona, la deen á mirándote con codicia, —si te decides á venir al pueblo conmigo, nada ha de faltarte. Has de pensar que una mujer viuda, como tú, con una hija pequeña que miente ser, ha de meditar seriamente en su porvenir.

—Y, señor, —repuso ella, —ya lo tengo pensado: me ira con usted, porque sé que sirviendo á usted sirvo á Dios,

pero la verdad, me pone usted una condición muy dura.

—¿Cuál, muchacha?

—La de dejar á mi hija en un hospicio; eso, señor, no puedo, no puedo...

—Pues es necesario, hija mía. ¿Dónde vas con esa criatura? En el hospicio la cuidarán las monjitas, que también son madres... espirituales, y sin tomarte la menor molestia te encontrarás á tu hija hecha mujer, y entones... la puedes traer á mi casa... contigo...

El plan no estaba mal urdido: era fino y astuto, como de cura aldeano y malicioso. Aprovecharía los restos juveniles de la madre y para cuando esta estuviese machucha... la hija de refresco...

¡Magnífico! Luego dejó de escuchar un trozo del diálogo que apagó el pianista vespertino aporreando una partitura del año de la nanita.

Cuando volví á escuchar, parecía que la futura ama de llaves estaba medio convencida, por cuanto seguían las cláusulas del contrato.

—Espero—decía el aprovechado sacerdote—que una vez en mi casa cumplas con la Iglesia como Dios manda y estás acostumbrada.

—Naturalmente, señor—observó ella atajándole.

—Lo digo—prosiguió el clérigo—porque como el teniente cura que tengo á mis órdenes es jovencillo, no quisiera que te confesaras con él. ¡Son tan maliciosas las gentes!

—¿Entonces me he de confesar con usted?

—Eso mismo... y lo más conveniente. La ropa sucia, lávese en casa...

La cándida y apetitosa viuda asintió con un gesto de resignación.

El cura y su futura barragana se habían entendido.

J. CABALLERO DE LA VEGA

Barcelona, Julio 1910.

Neos incendiarios

Don Dalmacio y don Tancredo son dos sujetos parecidos; ambos se llaman *don* y ambos producen regocijo en ambos circos: el taurino y el parlamentario.

Desde la barrera, preguntamos al don Tancredo del Congreso.

¿Qué nos cuenta del incendio de la casa de *La Protesta*, del asalto á la casa de *La Vanguardia* y demás hechos vandálico-católicos ejecutados por las hordas neas de Buenos Aires, el 14 y 15 de Mayo últimos?

Desde el alto pedestal de la inmensa ignorancia en que se encarama su ridícula personilla, podría explicarnos la clase de moral de aquellas turbas.

Prodigio de actividad

Muchos curas he conocido capaces de darle un *sabazo* á un mosquito ó inventar basto el movimiento continuo para aligerar las bolsas de los fieles; pero no he visto ninguno que le eche en esto la pata al actual *parroquialismo* de Olivenza. Citaré algunos hechos que lo comprueban:

Recién llegado al pueblo, fué de puerta en puerta pidiendo para blanquear la ermita de San Francisco; mas lo pensó mejor luego, y consiguió que varios infelices se le blanquearan gratis. Para justificar la inversión de lo recaudado, compró un vestido de mala muerte, lo rifó entre los donantes, y ¡qué casualidad! le tocó á la madre del monaguillo.

Poco después organizó una tómbola, donde se hartó de rifar cosillas. La última noche rifó una muñeca; una joven se fijó mucho en ella, y su novio, por complacerla, compró todas las papeletas de la rifa; y ¡qué casualidad! en el bombo no pareció el número correspondiente á la muñeca.

Más tarde organizó una becerrada, rifando uno de los bichos, terminando el espectáculo con un par de coques (esto no por casualidad) que dió el ministro del Señor á una cuba en la que iban á trabajar unos pobres titiriteros (no sacros) que le pidieron por días que les permitiese dar unos saltos para tener pretexto de demandar una limosna al público.

Otro día dió una velada en San Francisco, poniendo sobre una mesa un aparatito muy mono, que consiste en meter una argollita por el cuello de una botella, juego que prohíben en la mayoría de los pueblos los alcaldes ignorantes, diciendo que es un robo.

Este año tiene contratado la música del pueblo; es además arrendatario de la plaza de toros, y dió la primera función de la temporada el día de San Juan, redactando él mismo el prospecto, que copio á continuación:

"PLAZA DE TOROS

Para allegar fondos á un asunto benéfico, se organizará en la Plaza de Toros de esta ciudad, el día de San Juan, los siguientes números:

1.º CUCANA DEL CALDERO

Consiste en coger con los dientes una moneda pegada al mismo por la parte exterior. Premio, cinco pesetas.

2.º CORRIDA DE BURROS

en número de doce, siendo premiado el que corra menos, mudando ó cambiándose los dueños. Premio, cinco pesetas.

3.º CORRIDA DE GALLOS

adjudicándose uno al que corte el pescuezo del mismo.

Olivenza 22 de Junio de 1910.

Entrada general un real.

El prospecto parece propiamente la reproducción gráfica de un seminario... toros, burros, gallos y su correspondiente prestítero. ¡Encantador!

Pues bien; ¿creerán ustedes que al bueno de Pascasio Fernández le queda tiempo todavía, después de todas estas *facras erangélicas*, para dedicarse á meterse en todo lo que no le importa y escribir curas insólitas á un labrador que no quiso tomar á su servicio al marido de su ama?

Es un prodigio de actividad ese gran maestro de esgrima de sable y de desaprensión eclesiástica.

Lo que enseña el clero

El día 11 del actual fué presentada una denuncia en el juzgado correspondiente de Sevilla por Miguel Arroyo, zapatero, que vive en la calle Pedro Miguel, número 6.

—¿Contra quién?

—Contra el presbítero José Fernández Aracín.

—¿Por qué?

—Aquí de mis apuros... ¿Cómo lo diré?... Por... por...

(Cinco minutos de parada.)

Por... por... ¡Vaya, que no me atrevo!

El Aracín es capellán del colegio de niñas titulado *El Buen Pastor*, donde dice misa diariamente.

El niño Manuel Arroyo, hijo del zapatero, ejercía allí el cargo de monaguillo.

¿Van mis lectores aliviando algo ya?

El día 6 dijo su misa cotidiana el cura ayudándose el niño Arroyo, y al terminar díjole que se llegara a la iglesia de San Alberto (convento de los filipenses), pues el P. Estévez quería hablarle.

Recogidos los trebejos que habían servido para celebrar el santo sacrificio, fué el niño al convento, donde se encontró al P. Aracín, que se lo llevó a la sacristía...

Y allí...

¿Quién me diese la desvergüenza, el impudor y el léxico de cien frailes, para poder indicar siquiera lo que ocurrió allí! Mas ¡ay! no es posible.

Terminada la libidinosa faena, de la que salió el niño con un amoroso mordisco en el carrillo, el sátrapa tonsurado entregó una moneda de diez céntimos, sin duda para convencerle de que podía ganarse espléndidamente la vida en el seráfico ejercicio que acababa de enseñarle, encargándole el mayor silencio, y amenazándole en caso de hablar.

Tan pronto como el chico se vió en la puerta, tiró la moneda a la cara de su profanador, y refirió lo ocurrido al sacristán José Román Mercadillo, que se hallaba en el templo con varios monagos...

Enterado del hecho el padre por otro de sus hijos, interrogó a la víctima, indignóse y presentó la denuncia en el juzgado.

No comentaré el hecho. ¿Para qué, si basta lo apuntado para que mis lectores se penetren de lo infames y perjudiciales que son las escuelas laicas?

Peró no resisto a la tentación de decir:

¡Y toda aquella asquerosa escena la presenciaron el crucifijo que de la pared pendía, y las imágenes de vírgenes y santos que en la sacristía estaban!

¡Y oyeron las impúdicas palabras del lujurioso tonsurado!

¡Y no lo exterminaron bajo el peso de su justa ira, despertada por aquel sacrilego ultraje!

Entonces, ¿a qué hablar de si Dios existe, y que premia a los que lo re-

rencian y anonada a los que le ofenden?

¿Qué ocasión mejor para haber carbonizado al impío que allí, en su casa, y en sus propias barbas, se atrevió a inferirle la ofensa mayor que puede hacerse, no ya a un Dios, al hombre más despreciable?

El neo más degradado no toleraría, de seguro, que nadie en su presencia se atreviese a realizar una porquería semejante.

A menos que no le permitieran llamarse a la parte...

Se repiten con tanta frecuencia actos de esta índole, que, ¡ay de mí!, van a conseguir amortiguar mi fe acendrada, y a hacerme dudar hasta de aquello que había creído más indiscutible hasta ahora: en los milagros.

Porque, ¿qué ocasión mejor para haber realizado uno?

Cosas que pasan

Dicen que el padre Novelda es un buen padre, porque nunca sale de la celda... de la hermana Salomé.

Parece que el Papa amaína, cede y no quiere ya luchar. ¡Lo veis! Si esas amenazas no son más que papa... rruchas.

Luisa, que es ama de un cura, tiene la pobre *presbicia*; y, aunque lo hace sin malicia, que es *presbítera* asegura.

Tan sumamente pequeño es el curita Simón, que todo el mundo asegura que es un *clérigo menor*.

J. BUGALLO SÁNCHEZ

Memorias de un jesuita

Los ejercicios

Son la panacea de los jesuitas. Los ejercicios sirven para todo y para todos. Los hay para personas mayores, para la juventud incauta, especiales para solterones y efecacísimos para atribulados y perseguidos.

Los que van a casarse, encuentran en los ejercicios ternuras y ardimientos que hacen eterna la luna de miel. Los que sienten vocación religiosa, en los ejercicios se encienden con fervor tan extraordinario, que los eleva al quinto cielo de la contemplación y el delirio; los escogidos por Dios para el alto cargo de ministros eclesiásticos, salen de los ejercicios capaces de emular las glorias de Carlos Borromeo o el obispo Caixal. ¿Que un cura peca? Ejercicios. ¿Que no peca? Ejercicios. ¿Van a consagrar un obispo? Ejercicios. Y en la Cuaresma, ejercicios; y en adviento, ejercicios; y en otoño, ejercicios. Cuanto más abundancia de ejercicios, más

piEDAD, más fervor, más civilización y progreso y cultura y libertad.

Yo di los ejercicios a colegialas, a señoras y a curas.

Los de colegialas resultaban lo más pintoresco del mundo. En la capilla del colegio de Santa Isabel, por ejemplo, se reunían las niñas dos ó tres veces al día para escuchar mis exhortaciones y puntos de meditación. Yo veía desde el púlpito aquellas orhenta ó cien caras juveniles, de rosadas mejillas, ojos brillantes, fresca boca y sedosos rizos que se escapaban del blanco velo. Mi trabajo tenía que consistir sencillamente en lograr que de aquellos semblantes desapareciera la expresión de alegre guasa incompatible, claro es, con la seriedad y el fruto de los ejercicios. Porque aquellas muchachas esperaban y veían mi aparición en el púlpito exactamente lo mismo que esperarían la salida de la mujer con barbas ó el hombre que traga estopas encendidas. Un señor que grita y se enfada y habla de demonios y de ángeles y de cielo, y todo esto vestido con unas faldas negras y un peinador blanco y rizado ¿puede darse nada más entretenido para gentes de ocho á diez y seis años?

Hubo ocasiones en que yo me enfadé de veras. Les hablaba de los dolores de la Virgen, y se sonreían; les amenazaba con el fuego del infierno, y se regocijaban; echaba mano de los grandes recursos oratorios, sacaba la caja de los truenos, y al verme hecho un energúmeno, las careajadas eran ya tan ruidosas que las madres inspectoras tenían que imponer silencio. Pasados los ocho días venían las familias á ver la comunión de aquel coro de ángeles que, vestidas de blanco, envueltas en vaporoso velo y coronadas de frescos azahares, llegaban al altar á recibir la hostia sacrosanta, que yo depositaba en sus relucientes y encendidas lengüecitas mientras decía para mis adentros: ¡El que no os conozca, que os compre!

Lo que si me resultaba estético y, hasta cierto punto, entretenido, era dar ejercicios á señoras. Presentábanse éstas de mantilla, prenda que favorece extraordinariamente á las mujeres españolas: así es que estaban muy guapas.

Guardaban, durante mis pláticas, religioso silencio, y aun muchas veces derramaban llanto amargo al ponderar yo la fealdad del pecado ó el amor inmenso y divino del Corazón de Jesús. Llamábame, sin embargo, la atención la facilidad con que pasaban de la conmoción más profunda á la disipación más mundana, pues á los pocos minutos de bajar yo del púlpito las sentía reír y bromear de un modo estrepitoso.

Daba, además, la casualidad de que el día que yo elocuentemente hablaba de la pobreza, pintando con vivísimos colores cómo Jesucristo y su Madre Santísima habían ennoblecido y aun divinizado esa virtud, ese era el que mis ejercitantes se presentaban cubiertas de riquísimas preseas, ostentando en orejas, manos y cuello, brillantes de reflejos y luces maravillosas; vestidas de brocados, terciopelos y rasos; mezclando vaporosos encajes con valiosas pasamanerías, y envolviendo el artístico peinado en blondas hereditarias, valuadas en sumas crecidísimas.

Cuando la meditación versaba sobre los sufrimientos del redentor en la

cruz, y yo, lleno de unción sagrada, animaba á todas á cargar con el santo leño y emprender la subida del calvario, entonces había reclamaciones, porque se habían apagado los caloríferos de la capilla; entraban las señoras precedidas de sus lacayos, que las llevaban almohadones de pluma para arrodillarse, y no había una que se moviera del portal hasta saber que inmediatamente, coincidiendo con la puerta del convento, estaba la del *landeau* ó el *coupe*.

¿Predicaba de la castidad y recato? Pues aquella misma noche iban mis amadas hermanas á llenar el teatro donde se representara el *Demi-monde* ó arrebataban de manos de los libreros los ejemplares de las *Pequeñeces* del padre Coloma.

El día en que mejor sermón prediqué sobre el ayuno y el recogimiento, asistí, confieso mi pecado, al banquete que se daba en una embajada, y allí me encontré á cinco, nada menos, de las ejercitantes que, descotadas, pintadas, floreadas y hechas un brazo de mar, eran la alegría y encanto de la fiesta.

Cuando ahora oigo hablar de los ejercicios que practican las señoras aristocráticas, me río á mandíbula batiente, pues me consta que son ejercicios de... fuegos artificiales.

¿Y los del clero? La pluma de Vital Aza ó de Ramos Carrión, serían las únicas que debidamente podrían tratar el asunto. El obispo da un *ukase* en que ordena y manda que tales curas hagan ejercicios espirituales, durante ocho días, en el Colegio de los jesuitas. Los *agraciados* reciben la noticia como podrían recibir la de que habrían de sufrir amputación de un brazo ó las narices. Hacen el equipaje, cual si de un largo camino se tratara; dan un amargo adiós al ama, al sacristán, á las comodidades de la casa, y se trasladan al que á ellos les parece antro lleno de horrores y misterios.

La primera vez que suena la campana para que acudan á la capilla, su marcha por los claustros parece caprichosa mascarada. Todos se han hecho un especie de *deshabillé de inferior*; los hay que lucen pintoresco gorro de terciopelo, cubierto de bordados de todos los colores del arco iris, y con su abundosa borla de seda, que se empeña en cubrir un ojo del que lo lleva, motivando continuas sacudidas de cabeza; otros calzan descotadas zapatillas, que dejan ver medias de algodón blanco; el de acá, se abriga con parda ó azul capa de broches argentinos, la larga esclavina y altísimo cuello respunteado; el de más allá, rodea su cuello con mujeril toquilla de estambre, que aún conserva residuos de los polvos de arroz de la sobrina cariñosa; éste viste gabán extramundano; aquél se envuelve en murciana manta de cuadros de colores, y ofrecen, en conjunto, el más abigarrado y pintoresco grupo que imaginar se pudiera.

Yo había oído decir que era cosa difícil predicar á curas; pero jamás creí lo fue tanto. No llevábamos más que diez minutos de plática, cuando sonó una especie de rugido de león, que me llenó de espanto; no quise interrumpir el hilo de mi discurso; mas á poco no fué rugido, fué un espantoso y retumbante trueno lo que sonó; callé entonces un momento, y ya no fué uno, sino un conjunto de ruidos espantables lo que estalló, y no eran otra cosa más

que ronquidos que lanzaban varios venerables sacerdotes que profundamente se habían dormido. Hiceles despertar caritativamente; calmóse un tanto la tempestad, y ya me creí dueño de la situación. ¡Aún me estremezco recordando lo que pasó después!

«¿Quién no se estremece—exclamaba yo—pensando en la altísima dignidad del sacerdote?» é hice un silencio enfático. Nunca lo hubiera hecho; que durante él retumbó un ruido de peor calidad y más desastrosas consecuencias que todos los anteriores. Sentí risas comprimidas y creí prudente terminar la primera imitación, mandando inmediatamente abrir las ventanas del local.

El último día cantaron todos aquellos señores con voces estentóreas el

Corazón santo,
tú reinarás;
tú nuestro encanto
siempre serás;

y luego desde mi cuarto oí la bronca voz de un arcipreste que decía á su amigo:—Gracias á Dios que acabamos; estoy ya de ejercicios hasta la...

Caí de rodillas y, elevando la mirada al cielo, exclamé:

—¡Oh, Santo Padre Ignacio; para qué te dictó los ejercicios la misma Virgen en la sagrada cueva de Manresa!

GIL BLAS DE SANTILLANA

DE «HUMANITAT»

LIBER-PENSAMENT IN GERMANIA

Un reunion de tut sozietati liber-pensent eseva konvoket á Weimar, urb de Götthe e Schiller. Nov sozietati, komprendent 50.000 membri, eseva asamblet. Kartel de Weimar, eseva fundet 16. dezembr 1907, e program sequent adoptet:

1. Liber evoluzion de vit intelektual e kombat kontra tut opresion.
 2. Separazion de ekles e de skol.
 3. Separazion de ekles e de stat.
- Konsekuensi imediat es:
1. Protektor universitati kontra tut atak de studi e de instrukzion.
 2. Suprimer Fakultat de teologí e junger szienz de religioni a program de Fakultat de filosofí.
 3. Liberer tut spezi de skoli e seminari de chak influenz eklesiastik.
 4. Kreer ministeri autonom de instrukzion publik.
 5. Exzepter infanti de disidenti de instrukzion religioz konfesional.
 6. Simplifiker formalitat nezesar por sepaper se da un ekles, e regler les per un leg.
 7. Suprimer serment religioz obligator.
 8. Liberer komunitari, urbi e vilagi, da tut influenz de stat, speziale in questioni de kultur intelektual.
 9. Libertat eser interet, kom on vol, p. e. faker zinerer se.

Prof. Dr. Rothenbuecher

Una cosa es predicar...

Leo lo que sigue en una notable *Carta abierta* que el periódico *La Nueva*

Unión de Plasencia dirige al obispo de aquella diócesis, y que va firmada por *Un creyente*:

«El clero, y sólo el clero, es el causante de que el pueblo haya perdido la fe; el mal ejemplo de ese clero es el que le ha hecho indiferente y que se apiña en las manifestaciones y que á ellas lleve á sus mujeres y sus hijos para pedir á Dios en el templo de la naturaleza que ilumine á Canalejas, para que libre á España de la langosta frailuna y suprima las catedrales que sobran, logrando llevar así un consuelo á los bolsillos exaustos de los contribuyentes por el crecido presupuesto de culto y clero.

Y vamos á demostrar á su señoría las razones que nos autorizan para decir que nadie más que los clericales tienen la culpa, porque aconsejan, pero no ejecutan; nadie más indiferente que el clero en materia religiosa.

Cuando el viático regresa á la iglesia después de haber visitado al enfermo, el cura encargado de la ceremonia dice, dirigiéndose á los concurrentes al acto: «Todos los que habéis acompañado al Santísimo Sacramento de la Eucaristía habéis hecho una obra de caridad visitando al enfermo; habéis ganado cien días de indulgencias, y los que llevásteis candelas encendidas, doscientos días.»

En Plasencia, señor obispo, donde, contando con su señoría, se aproximará á ciento el número de clérigos y otros tantos seminaristas, sólo el que oficia ó lleva la forma por obligación es el que ejecuta la obra de caridad visitando al enfermo.

¿Por qué, cuando el tañido de la campana anuncia que el Señor va á salir de su casa, no abandonan los clérigos la suya ó el casino y se van á ganar esas indulgencias? ¿Es que se consideran impecables é irresponsables ante Dios de sus actos? No; otros nos inclinamos á creer que los curas son los primeros que no creen en la eficacia de tales indulgencias, como no creen tampoco en otras muchas cosas que nos quieren hacer creer á los demás.

Su señoría habrá visto, como nosotros cansados estamos de verlo en las procesiones de Semana Santa, que las efigies van sólo escoltadas por los fieles, sobre todo la de Jueves Santo; en la del Viernes, como cobran, van algunos clérigos más.

Su señoría se fijará que en los entierros, como no sean de ricos que dejen misas, tampoco van más curas que los que cobran.

Su señoría se habrá fijado que á la ermita del Puerto, á donde diariamente van los plasentinos á rendir tributo á la patrona de Plasencia, son contados los curas que visitan la Virgen.

Su señoría sabrá que en la suscripción que el Ayuntamiento encabezó para dar trabajo á los obreros que se morían de hambre este invierno, ni su señoría ni un solo clérigo contribuyeron á remediar las necesidades de aquellos desgraciados.

Su señoría sabe que á las funciones religiosas, novenas, rosarios y procesiones, sólo asisten los de tanda. ¿Qué razones hay para que á todos esos actos religiosos no asistan los curas?

Esto en el orden religioso; que en el orden privado, públicos son los escándalos que el clero está dando á diario, llegando su descaro hasta tener á su servicio mujeres jóvenes y de buena lámina, algunas de ellas arrebatadas á sus maridos.

Su señoría habrá oído que hay curas prestamistas, y acaso en el *Registro de la Propiedad* se encuentren algunos datos.

Su señoría sabe que hay curas jugadores; porque si lo sabe su señoría.

Y no queremos hacer mención de esos clérigos que oyen la misa del Espíritu Santo, y en lugar de inspirarse en él y proceder en conciencia, hacen todo lo contrario para despojar al que en buena lid ha ganado en rudas oposiciones una prebenda, oposiciones que ha presenciado el pueblo creyente que, se ha compenetrado de quién en justicia debe ser agraciado, y que ha visto que se ha faltado á la justicia, á la caridad, á la religión y á todo lo que hay que faltar para fa-

vorecer á la recomendación ó al servilismo del agraciado.

Si de todo lo que llevamos expuesto se percata la familia católica, el pueblo, y escamado, va creyendo que para el clero todo en el culto es... lo que decía *Pucheta*.

No culpen los obispos ni los clérigos de todas las categorías al Sr. Canalejas ni á su programa anticlerical; no; ese programa y su acción se impone; le imponen los actos de esos obispos que, siendo representantes de aquel que nació en un pesebre, de aquel que habiendo podido poseer o todo nada poseyó, mientras ellos habitan grandes palacios, pasean en lujosos coches, cobran soberbias pagas, sin tener en cuenta que hay hermanos suyos en sacerdocio que cobran una peseta quince céntimos diarios, y que para esos sacerdotes no existen los beneficios de las capellanías otorgadas por los obispos á canónigos ó palaciegos aduladores.

No es Canalejas el que os mata; es vuestra conducta suicida la que os entierra. Que la tierra os sea leve.

Un Viernes de cuaresma, después de recomendar desde el púlpito las escencias del ayuno, llegó un cura á su casa y pidió á su ama que le sirviera un pollo asado.

El ama, que le había oído el sermón, replicole:

—¡Pero, señor cura! ¿No acaba usted de recomendar que ayunen hoy todos, y que no prueben la carne?

—¡Bah! ¡Bah! Di, tontue a: ¿No has visto que los músicos hacen bailar á todos, y que ellos no bailan?

—Sí, efectivamente...

—Pues trae, trae el pollo al instante... Yo soy músico.

Aplique el cuento *La Nueva Unión* á todos los actos de los curas, y se convencerá de que son músicos todos.

¿Cómo están en el secreto!...

Prosas de un rebelde

Yo, el Rey

La carretera venía estrecha para el tronco de las jacas que arrastraban el coche de Peñalva.

El señorito se mostraba muy chulo y guapetón, deslumbrante, hiriendo con las piedras de la pechera y de los dedos.

Los brazos caían sobre la cintura, en jaras, como si el señorito fuese á sacar-se una instantánea.

Gritaba encima del pescante el auriga, más presumido que conduciendo el pesado y matalón carro del Estado; dando el hombre capital importancia á la forma elegante de llevar las riendas con dos dedos—¡sólo con dos dedos!—y erguidas á nivel la cabeza de las jacas.

Si satisfecho iba el señorito insultando con su coche, más satisfecho y más orgulloso iba el auriga sobre el pescante, que regias posaderas sobre trono.

Los sirenazos de un «auto» barrieron del camino la majestad. Una cara blanca como una hostia, maculada por unos bigotes á lo kaiser, escupió la mirada de desprecio sobre el coche.

El «chauffer», con una hábil maniobra, atajó los vuelos de las jacas. El auto pasó despreciativamente. Por el trasero del coche un chorro pestilente de gasolina, hizo pensar en perro que levantara la pata para dejar su caliente meada sobre piedra del camino.

La atracción de un café detuvo la marcha. Allí buscó descanso sobre los divanes como en un trono el «amo»; como en otro trono, el «criado». El ca-

marero se acercó reverente. Contestó despreciativamente el «amo»; despreciativamente el «criado».

Y el camarero, al moverse precipitado, dió un tropezón á un vendedor de periódicos que invadía los dominios del «turno»—cuatro mesas, cuatro sillas—con audacia imperdonable.

Un pescozón cayó sobre el voceador de «papeles».

—¡Yo, el Rey!, gritaba soberano el camarero.

El vendedor, al revolverse, embarazó sus piernas con el puerco limpiabotas arrodillado sobre las colillas y gargajos del piso.

Y el voceador de periódicos pateó un momento sobre la cabeza del betunero.

El limpiabotas quiso huir. Rudo, chocó contra un colillero apestoso.

—¡Yo, el Rey!, gritó el betunero zurrando al indecente. Y cayó en tierra el colillero, por efecto del último bofetón.

Al erguirse alto le molestó el mocoso que llegaba á husmear los terrores de azúcar.

—¡Yo, el Rey!, proclamó nuevamente otra bofetada.

A la calle salieron en danza amo y criado, camarero, «periodista», limpiabotas, colillero y el goloso mocoso.

Y entonces... ¡ah! entonces, un guardia municipal representante del orden, se impuso altivo con el sable de hojalata rubricando el aire, con su autoridad soberana que repetía en una carcajada:

—¡Yo, el Rey!

A. MUÑOZ DE DIEGO

Oviedo, 910.

Al contemplar el torno de una inclusa

dijo un señor de balandrán y teja:

«Si es cierto que lo que ent a sale siempre, también lo es que lo que sale entra».

Por ir don Juan á misa con presteza

cayó al suelo y rompióse la cabeza.

Absteneos, lectores, de ir á misa

lo mismo muy despacio que de prisa:

En la barbería

Los presbíteros dinerosos ó adinerados pueden permitirse el lujo de que el barbero les sirva á domicilio; pero los simples capellanes de á tres pesetas no pueden hacerlo, y necesitan acudir á la barbería, confundiéndose con los seglares que esperan turno.

A la peluquería en que me sirven concurren un *páter* de misa y olla que es de lo más desahogado de la clase.

Por razones económicas se afeita sólo de ocho en ocho días; pero si el rapabarbas comprendiera bien sus intereses, debiera afeitarle gratis todos los de la semana.

Los sábados, días en que acude á que le hermosen la jeta, el salón se ve lleno de bote en bote. Hay quien sólo va por el gusto de ver rapar una coronilla sacerdotal.

Don Nicomedes, que así se llama el *páter* en cuestión, sabe perfectamente que es objeto de la curiosidad de los parroquianos; pero ¡bonito genio tiene él para achicarse por tan poca cosa!

En cuanto entra en el establecimiento, cuega muy sosegadamente su man-

teo en la percha, y encarándose con el maestro, exclama:

—Vamos á ver, ¿quién me afeita, que tengo prisa?

Los dependientes, que saben que da buena propina, se apresuran á servirle, y dirigiéndose al parroquiano que tiene más cara de bonachón, le dicen:

—¡Si pudiera usted hacer el favor de ceder el turno á este señor sacerdote, que tiene que asistir á un enfermo!..

—A un moribundo, hombre—añade gravemente el reverendo.

No se sabe cómo se las arregla el santo varón, pero el caso es que siempre encuentra algún tonto que le ceda su vez. Y una vez conseguido, se arrellena en el sillón como si estuviese en una silla de coro, se estira la sotana, y echándose de generoso, saca la petaca y alarga una feroz tagarnina al dependiente.

—Toma—le dice.—Es un regalo que me ha hecho el presidente de la cofradía de las Animas.

El obsequiado mira con escama el regalito, y lo deja sobre el blanco mármol sin atreverse á encenderlo; mas por cortesía le da las gracias y se disculpa diciéndole:

—Para luego. Está uno cansado de fumar todo el día.

Nunca se le olvida al buen *sotana* advertir que tiene un *chirlo* en la mejilla izquierda.

—Tenga usted cuidado—dice—cuando llegue por aquí. Tengo una cortadura. Me la hizo mi ama el año pasado.

—¡Hola! ¿Es moza de armas tomar?

—Nada de eso. ¡Si es una malva la pobre! Lo que ocurrió fué que el obispo me suspendió por tres meses, y ¡claro! tuve que hacer economías, y resolví que me afeitase la muchacha. Ella es muy servicial, eso sí; pero como nunca ha manejado una navaja, se le fué la mano, y en poco estuvo que no me llevase el carrillo por delante.

—Todo requiere práctica—replica gravemente el oficial.—Yo, por ejemplo, si me pusiera á decir misa, no saldría del *Dominus vobiscum*. En cambio, usted no acertaría á cortar á uno el pelo á la sevillana.

—¡Yo que había de!... Pero ¡demonio! ¿E-o es navaja, ó sierra? ¡Camará! ¡Vaya unas herramientas que gastan ustedes! ¿O es que las tienen especiales para mortificar á los presbíteros? Vaya, gracias á Dios que ha concluido usted de descañonarme. ¿Que cómo quiero el agua? Fría, hombre, fría; como la que usamos para bautizar á los chicos pobres. Está bien. Ahora deme un par de pasaditas á la tonsura, que el párroco quiere que la llevemos siempre tersa y reluciente. Como él es completamente calvo, desea que nos parezcamos todos.

Siempre tiene el mismo buen humor nuestro flamante presbítero; salvo una vez en que le vi jurar más que un carretero y renegar hasta de su sombra. Un guasón había tenido la humorada de llevarse su manto, y aunque después se lo envió á su casa, no se evitó que el *páter* vomitase por aquella boca la mar de atrocidades. Decí, y con razón, cuando le advertíamos lo inconveniente de su lenguaje:

—¿Qué quieren ustedes? ¿Que habiéndome quitado un manto que casi me ha costado la paga de un mes, me ponga á rezar letanías?—F. G.

(FOLLETÓN 60.)

LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

FOR
OFFENBACH

las cosas de mar son las que menos se rinden al dominio de los profanos, la marcha y dirección del concurso, y era quien había de proponer y justificar, ó cuando menos cohonestar, la preconcebida adjudicación. Como lo hizo, se va á ver en seguida. Y en obsequio á la brevedad no hablaremos más que del último trámite, el informe que dicho Ministro estaba encargado de dar, mejor dicho todavía, la propuesta que tenía que hacer.

Háse de tener en cuenta, en primer lugar, que en esos concursos toda proposición va fundada en un proyecto; que éste consta de planos, datos y estudios; y que en un sólo proyecto pueden ir fundadas dos, veinte, cien proposiciones, siempre que las alteraciones que constituyen su diversidad no exijan ningún nuevo estudio, dato, ni plano. Esto así, el postor favorecido no presentó más que un proyecto de acorazado en el cual fundaba en regla una sola proposición: la que, según hemos dicho, faltaba á la más notable de las bases del concurso. Pues bien, el ministro de Marina no se anduvo en chiquitas, sino que aprovechando guasonamente una somera y pasajera indicación hecha por el postor, (la de que, si el gobierno quería, se podría quitar el mamparo y media milla de andar, y meter en vez de estos pesos 600 toneladas de carbón, sobre las 900 que ya había, para dar al buque las 5.000 millas de radio de acción), informó al Consejo de ministros que dicho postor había presentado dos proposiciones, una de las cuales (la indicación de referencia) realizaba todas, absolutamente todas las condiciones del concurso. Y no sólo carecía esa proposición del proyecto en que había de ir fundada (ciertos datos y estudios importantes y algún plano tenían que ser diferentes de los presentados), sino que, á haberlo tenido, se habría visto que se salía de las bases establecidas todavía más, ó más gravemente, que la otra, la original y única presentada.

Esto lo va á comprender en seguida el lector más profano. Pues por la sustitución tan sencilla y sencillamente dicha, de los pesos referidos, aunque iguales, tenía que alterarse la

situación del centro de gravedad del buque. Y aun sin meternos aquí en lo que implica esta particularidad, haremos observar simplemente, y es bastante, que en la proposición original, para pasar del desplazamiento normal al máximo hay que añadir otras 900 toneladas de carbón al mismo número de ellas que ya tiene el buque; y para pasar de dicho desplazamiento normal al aligerado, habría que quitar estas 900 toneladas. Lo cual quiere decir, que si el buque en desplazamiento normal cala, por ejemplo, veinticinco pies, en el máximo calará, aproximadamente, veintiséis y medio, y en el aligerado veintitres y medio. Mientras que en la supuesta proposición alternativa, como para pasar al desplazamiento aligerado habría que quitar 1.500 toneladas de carbón, y para pasar al máximo añadir sólo 300, en éste el buque calaría veintiecho pies y medio, y en el aligerado *veintidós y medio*. Véase, nada más con esto, si los cálculos y datos de estabilidad, inclinación con compartimientos inundados, etcétera del proyecto verdadero podían servir para el ficticio.

De la humorística frescura con que el ministro dice al Consejo que «por todos los buenos constructores se considera necesario, para el peso total del casco, el 37 ó el 38 por 100 del desplazamiento», no tenemos que decir nada, dejando que lo digan, si ellos creen que son «buenos constructores», Mr. Attwood y Mr. Watts, profesor, el primero, de arquitectura naval en el Real Colegio de Greenwich, y Director, el segundo, de Construcción Naval del Almirantazgo, que fijan de límite inferior muy aceptable el 35 por 100, de lo cual tenía perfecto conocimiento el ministro informante.

Pasando á otra cosa, bien sabe el lector que cuanto más esféricas ó aproximadas á una esfera sean distintas superficies (vasijas) que contengan igual volumen, menos extensión, menos material poseen. De modo que sólo por esto, un barco de igual desplazamiento que otro, pero más estrecho y más profundo ó más largo, ha de necesitar más casco; y éste, por tanto, para el igual desplazamiento supuesto, pesará más que el del otro buque. Y si á esto agregamos que en cuanto la relación ^{eslora} _{puntal} aumenta, hay que reforzar la quilla y parte del fondo anexa, y la cubierta alta y parte del costado anexa, hasta el punto de que en un crucero de 14.000 toneladas esas partes del buque tienen que ser muchísimo más

fuertes y pesadas que en un acorazado de 15.000, se comprenderá á dónde ha llegado con su buen humor el ministro cuando informó al Consejo que en el buque Ansaldo «por sus mayores dimensiones, el tanto por ciento (de peso) destinado al casco y sus accesorios debe ser mayor que en el otro» (el de Vickers); pues cabalmente es todo lo contrario. Aunque el volumen crece con el producto de las tres dimensiones, y la superficie con el cuadrado de la raíz cúbica de dicho producto, en los barcos se hace que el casco crezca también como el producto para que conserve igual resistencia; de modo que á igual forma el del Ansaldo, de 700 toneladas de desplazamiento más que el Vickers, habría necesitado igual tanto por ciento que el otro; mas como en éste la razón ^{eslora} _{puntal} era considerablemente mayor que en el italiano, en él, en el Vickers, ese tanto por ciento tenía que ser mayor que en el Ansaldo. Por donde verá el lector con cuánta razón decía un cabo de tropa, que media vuelta á la izquierda es lo mismo que media vuelta á la derecha, sólo que al revés.

Pues y cuando dice el ministro, con referencia al proyecto Ansaldo: «castillos como este, que ya desde la misma proa empiezan sus costados á separarse de los costados del buque, y que no llegan ni aun á la torre de esta extremidad, no los he visto en ningún otro buque, ni real ni dibujado?» ¿Por qué el ministro, general de Marina, y hombre de tanta experiencia que cuando daba este informe ya estaba en la reserva por edad, tiene que haber visto, en realidad ó en dibujo, los ingresos Afax Agamenon, Neptune y otros; los célebres chinos, capitana en el Jalu y su gemelo; que todos tenían esos castillos; y, sobre todo, no parece que haya español que ignore ó haya olvidado como era el «Maine.»

Y no continuamos señalando los humorismos con que el ministro de Marina embromó á sus compañeros, porque todo un capítulo de esta historia sería insuficiente, y también porque no sea que haga el diablo que algún desocupado la traduzca al español, y vaya algún otro ministro de aquel tiempo á dar al de Marina algún disgusto por haber puesto en su informe tanta guasa. Lo que no omitiremos, por ser al par de muy gracioso, de escasa importancia, y porque en ello se ve que aquel ministro, más aún que persona sería que sería-